

# ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 2. NÚMERO 3, JUNIO, 2019.



*Tiempo*

*Alberto Chimal • Sergio Gaut vel Hartman*  
*Entrevista con Libia Brenda y Gabriela Damián*

*Cuentos de Marcelo Sánchez • Juan Pablo Goñi Capurro*  
*Jesús Guerra Medina • Víctor Andrés Parra Avellaneda • Patricia K. Olivera*  
*Eliana Soza Martínez • Ernesto Tancovich • José Luis Díaz Marcos*  
*Jorge Jesús Barriga*



EDITORIAL SOLARIS



# ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 2. NÚMERO 3, JUNIO, 2019.

*Tiempo*

# ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN.

AÑO 2. NÚMERO 3. 2019.

## Fundador

Zacarías Zurita Sepúlveda

## Coordinador Editorial

Rafael Tiburcio García

## Consejo Editorial

Miguel Ángel de la Cruz Reyes

Silvia Alejandra Fernández

Eduardo Hennings

Miguel Ángel Lara Reyes

Zacarías Zurita Sepúlveda.

Felipe Huerta Hernández

**Diseño:** Román Alonso.

## Contacto

Facebook y Twitter: @EspejoHumeanteR  
issuu.com/espejohumeanterevista  
espejohumeanterevista@gmail.com

## Aviso legal

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en *Espejo Humeante*, así como la titularidad de derechos de los mismos, pertenece a sus respectivos autores. La responsabilidad de los contenidos y opiniones expresadas por los colaboradores en sus textos pertenece a ellos y no representan necesariamente la opinión de la revista. *Espejo Humeante* no asume ninguna responsabilidad por los daños y perjuicios resultantes o que tengan conexión con el empleo de los contenidos de esta publicación. El contenido de esta revista puede ser publicado con el permiso de los editores. Si desea publicar algo de nuestro contenido por favor escribanos a: espejohumeanterevista@gmail.com

**Distribución digital:** Editorial Solaris

Facebook: @editorial.solaris.54

Twitter: @EditaSolaris

## ÍNDICE #3

### PRESENTACIÓN

3 ▶ Miguel Ángel Lara Reyes

### ENSAYO

5 ▶ ¿EXISTE O NO EXISTE EL TIEMPO?

Miguel Ángel Lara Reyes

### AUTORES INVITADOS

9 ▶ ENTRETANTO

Alberto Chimal

15 ▶ CORRECCIONES EN LA TRAMA DEL TIEMPO

Sergio Gaut vel Hartman

### ENTREVISTA

47 ▶ MUJERES EN LA CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA.  
ENTREVISTA CON LIBIA BRENDA Y GABRIELA DAMIÁN.

Felipe Huerta Hernández

### RELATOS

24 ▶ LOS BUENOS TIEMPOS

Juan Pablo Goñi Capurro

28 ▶ EL MESÍAS

Jesús Guerra Medina

33 ▶ EL CÚMULO DE HERÁCLITO

Víctor Andrés Parra Avellaneda

38 ▶ LOS ACTUALIZADORES

Patricia K. Olivera

42 ▶ LAS BICIS DEL TIEMPO

Ernesto Tancovich

55 ▶ EL REGALO

Eliana Soza Martínez

59 ▶ JUNTO AL PUENTE SOBRE EL TÁMESIS

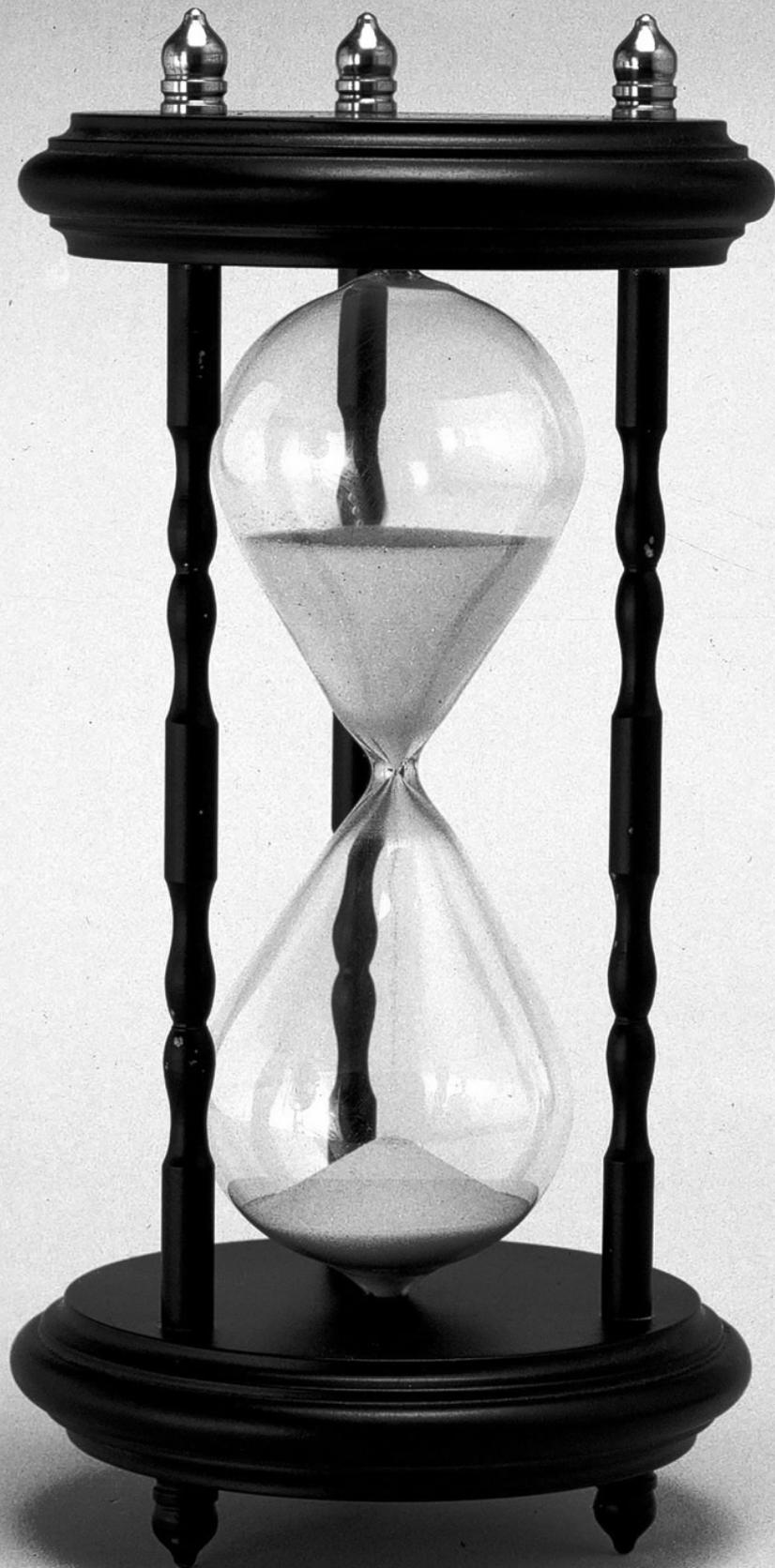
Marcelo Sánchez

63 ▶ EL COBERTIZO DE LAS HORAS

Jorge Jesús Barriga

67 ▶ LA PIEL

José Luis Díaz Marcos



# PRESENTACIÓN

MIGUEL ÁNGEL LARA REYES

**E**l tiempo, un río cuyas aguas fluyen a distintas velocidades, es el tema de este número. Cuando los miembros del consejo editorial discutíamos los detalles de la convocatoria que aquí entrega sus resultados, decidimos alejarnos un poco del argumento que últimamente se manifiesta tan naturalmente cuando *tiempo* se escribe en la pizarra de trabajo: el viaje en él. Lo hicimos a manera de provocación para nuestros lectores y colaboradores, dado que durante los primeros dos números hubo verdadera agitación por la calidad de los textos recibidos. Nos entusiasmaba la idea de leer lo que surgiría a partir de la eliminación de dos palabras (*viaje en*), dejando abiertas las puertas y ventanas a textos raros e inusitados. Esperamos y recibimos. La porosa explicación de lo que el tiempo es, nos permite coquetear además de la ficción especulativa, con la fantasía propia de los universos que las psiques que personajes y lectores comparten.

Les presentamos una selección de nueve cuentos que revelan (desde Argentina, Bolivia, Uruguay, España y México) visiones plurales sobre la cuarta dimensión. El escritor mexicano Alberto Chimal contribuye con *Entretanto*, un texto que existe en 27 realidades simultáneas. A su lado, colocamos el cuento *Correcciones en la trama del tiempo*, del escritor argentino Sergio Gaut vel Hartman. En *Mujeres en la ciencia ficción latinoamericana*, tenemos una entrevista doble: a Libia Brenda Castro (finalista de los premios Hugo 2019) y a Gabriela Damián (ganadora del James Triptree Jr. 2018). Esperamos que disfruten el número. ▸



# ¿EXISTE O NO EXISTE EL TIEMPO?

MIGUEL ÁNGEL LARA REYES

**E**l tiempo es el paisaje de la experiencia, afirma Daniel Boorstin. El tiempo no es sino el origen del recuerdo, dice Nabokov. El tiempo es lo que pasa cuando no pasa nada, afirma Dick Feynmann.

¿Qué es el tiempo? Tras cinco siglos de diccionarios asumimos que toda palabra debe tener una definición y sin embargo, la respuesta no hace más que plantearnos más preguntas. Si consultamos el de la Real Academia nos encontramos con más de treinta y cinco acepciones diferentes y algo más de cien subacepciones. Una de las primeras la conceptualiza como la *magnitud física que permite ordenar la secuencia de los sucesos, estableciendo un pasado, un presente y un futuro*. Hay autoridades que proponen interpretaciones totalmente diferentes: *el término general para la experiencia de la duración*, según la Enciclopedia Británica, por ejemplo. Podemos referirnos a un punto en el tiempo, a un periodo concreto, al tiempo disponible, a la cantidad de tiempo requerido por algo y al tiempo visto como un medio a través del cual se imagina que es posible viajar al pasado o al futuro. Al igual que todas las palabras, el término tiene límites pero sus

fronteras no son distinguibles y definidas, sino más bien porosas, escurridizas.

Según Gleick, J. ("Viajar en el tiempo". *Crítica*, 2017), podemos encontrarnos también con que tiempo tiene una extraña correlación en diferentes lenguas. Un londinense podría decir *He did it fifty times, at the very least*, (lo hizo al menos cincuenta veces), mientras que en francés la palabra para el tiempo es *temps* y cincuenta veces es *cinquante fois*. Cuando hace un buen día, un parisino dice *c'est beau temps*, pero para un neoyorquino el tiempo y el clima son cosas diferentes: *what is the time?*, (¿qué hora es?) y *what is time?*, (¿qué es el tiempo?).

Si queremos simplificarlo podemos decir que *tiempo* es simplemente una palabra. Una que se refiere a algo o a varias cosas, pero que en este particular momento nos enfrenta a una extraña bifurcación: ¿nos referimos a una palabra o a una cosa? Parece que intentamos decirnos algo que ya sabemos y, sin embargo, la sensación es de completo desamparo.

Sabemos que el tiempo es inmaterial: no podemos verlo, oírlo ni tocarlo. Cuando la gente dice que siente el paso del tiempo sabemos que simplemente es una forma de hablar.

Lo que percibimos es otra cosa (el número de canciones durante un trayecto en auto, el sonido del segundero de un reloj, los cambios en la iluminación de un día u otras manifestaciones de ritmos biológicos), pero sea lo que sea, el tiempo se halla fuera del alcance de nuestros sentidos: *No escucho al tiempo mismo, sino la sangre que circula en mi cerebro, y, desde mi cerebro, a través de las venas del cuello, se dirige hacia el corazón, asiento de males particulares que nada tienen que ver con el tiempo*, escribe Vladimir Nabokov.

Newton, que acuñó la idea de masa, sabía que el tiempo carecía de la misma, es decir, que no es una sustancia, y sin embargo, decía que el tiempo fluye. Escribió en latín *tempus fluit*. Los romanos decían *tempus fugit*, el tiempo huye, pero ¿cómo puede el tiempo fluir si carece de sustancia? Sir Isaac puso mucho empeño en diferenciar dos tipos de tiempo que podemos llamar el tiempo físico y el tiempo psicológico, aunque él no dispuso de estas palabras y tuvo que nombrarlos con varios adjetivos que ahora parecen algo rebuscados: tiempo absoluto, verdadero y matemático (*tempus absolutum verum et mathematicum*). El otro es el tiempo tal como lo percibe la gente común, el *vulgus*, que llamó *relativo* y *aparente*. El tiempo verdadero lo infirió de una particularidad tecnológica de su tiempo: llegó a la conclusión de que un péndulo de una longitud determinada divide el tiempo en fracciones regulares; lo midió usando su propio pulso. En realidad desde siempre hemos mirado al cielo para medir el tiempo: el sol, las estrellas, la luna. Nos dieron los días, los meses, los años. Ahora son las máquinas quienes se ocupan de los cálculos, pero nos

encontramos con otra circularidad: el movimiento es cómo medimos el tiempo. Bajo esta lógica diseñó algunas leyes, la primera de ellas: un objeto se mueve a una velocidad constante a menos que actúe sobre él una fuerza externa. Pero, ¿qué es la velocidad? La distancia recorrida por unidad de tiempo. Cuando Newton declaró que el tiempo fluye uniformemente, *aequabiliter fluit*, se refería a que podemos contar en unidades. Las horas, los meses, los años, son lo mismo en todas partes y siempre. Hoy sabemos algo más acerca de ello.

Cabe entonces preguntar si el tiempo es siquiera real, si existe. Ni siquiera la naturaleza de la realidad ha sido determinada. Un hito en este camino es un ensayo publicado en 1908 por la revista *Mind*, "The Unreality of Time" (La irrealdad del tiempo), de John McTaggart Ellis McTaggart (cuyo nombre duplicado curiosamente también sugiere dobles tiempos), un filósofo inglés que confronta dos maneras diferentes de hablar acerca de las *posiciones en el tiempo* (o *eventos*): podemos hablar de ellas en relación con el presente de quien habla. La muerte de la reina Ana (su ejemplo) se sitúa en el pasado para nosotros, pero en cierto momento se situó en el futuro y después volvió al presente. Declara que *cada posición es pasada, presente o futura* y a esta posición la denomina la serie A.

Por otra parte, podemos hablar de posiciones en el tiempo en función de su relación entre ellas: *cada posición es anterior a otra y posterior a alguna de las otras posiciones*. La muerte de la reina Ana es posterior a la muerte del último dinosaurio, pero anterior a la publicación de "The Unreality of Time". Esta es la serie B,

la cual es fija, permanente; el orden no puede cambiar nunca. La serie A es variable: *un evento que es ahora presente, fue futuro y será pasado*. McTaggart usa esta lógica, en una cadena de razonamientos, para demostrar que el tiempo no existe. Este razonamiento considera todas las posiciones en el tiempo, todos los posibles eventos como si ya estuvieran dispuestos en una secuencia organizados desde el punto de vista de Dios o el lógico. Se le llama *eternalismo*: el futuro es como el pasado: se puede ver en la mente, perfectamente representado gráficamente. Nuestra experiencia de lo contrario no es más que el resultado de estados mentales: recuerdos, percepciones y expectativas que experimentamos como pasado, presente y futuro. Para un eternalista, la realidad es eterna. Por tanto, el tiempo es irreal.

De hecho, esta es una de las perspectivas más extendidas en la física moderna: a) las ecuaciones de la física no contienen ninguna prueba de que exista el flujo del tiempo; b) las leyes de la ciencia no diferencian entre pasado y futuro, y por consiguiente; c) el tiempo no es real.

Experimentamos el tiempo en nuestro interior: recordamos el pasado, esperamos el futuro. Pero el científico señala que somos organismos que fallamos y se nos engaña con facilidad; muy poco confiables. Viejos antepasados (¿viejos?) tenían la impresión que la Tierra era plana y que el Sol giraba a su alrededor; ¿podría ser nuestra experiencia del tiempo igual de ingenua? Es probable, sobre todo porque al final, los científicos tienen que volver a la evidencia de nuestros sentidos. Deben contrastar sus modelos con la experiencia y ahí es precisamente de donde partimos.

*Las personas como nosotros, que creemos en la física, sabemos que la distinción entre pasado, presente y futuro no es otra cosa que una persistente ilusión*, escribió Einstein y complementa: *el tiempo y el espacio son modos en los que pensamos y no condiciones en las que vivimos*. Y sin embargo, hemos aprendido que en el mundo real las cosas son siempre un poco más complicadas. La física cuántica nos ha revelado que nunca se pueden conocer del todo los estados exactos de las partículas. A nivel subatómico reina la incertidumbre, y la distribución de probabilidades sustituye al reloj más perfecto que hayamos podido diseñar. Simplemente no se puede saber qué va a suceder.

Parece ser que entre más aprendemos, más necesario se vuelve mantenernos humildes. Niels Bohr dijo: *en nuestra descripción de la naturaleza, el propósito no es revelar la verdadera esencia de los fenómenos, sino únicamente descubrir, en la medida de lo posible, las relaciones entre los múltiples aspectos de nuestra experiencia*. El conejo blanco continúa eludiendo a todo aquel que se atreve a perseguirlo y parece que la respuesta menos angustiada declara al tiempo real, simplemente porque lo vivimos: *el hecho de que siempre sea un instante en nuestra percepción, y de que nosotros experimentemos ese instante como uno entre un flujo de instantes, no es una ilusión*, escribió el físico teórico Lee Smolin.

¿Existe o no existe el tiempo? No es en las respuestas sino en las preguntas que se revela un atisbo de certidumbre: en la imaginación aún podemos dirigir la flecha del tiempo. ▬

Toluca, Estado de México.  
Junio de 2019.



ALBERTO  
CHIMAL

# ENTRETANTO

ALBERTO CHIMAL

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo se desplaza a fantásticas velocidades por la corriente de los siglos. (Esto es verdadero siempre.)

\*

ENTRETANTO el Viajero del Tiempo pone en reversa su máquina. Avanzan río abajo los salmones. Alejo Carpentier describe hacia adelante.

\*

ENTRETANTO, Gabriel García Márquez dice al Viajero del Tiempo que no exagere en sus historias pues la realidad siempre supera a la ficción.

\*

ENTRETANTO, el editor advierte al Viajero del Tiempo que los textos breves no interesan a nadie y lo que vende es la novela gorda.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo se detiene en una noche de Edgar Allan Poe a preguntarle si el caballero con el que habla es realmente una momia egipcia.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo cuenta al Golem de Praga la leyenda de Franz Kafka y Max Brod, vecinos de la ciudad, guardadores de misterios.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo lleva a Pancho Villa a ver películas de los siglos 21 y 22 sobre Pancho Villa. Al salir lo ve satisfecho.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo conversa con Jane Austen y reconoce que sí, de siglo en siglo la bondad llega a ser recompensada.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo oye al paciente que delira en su camisa de fuerza: está contándole su propia historia, viaje por viaje.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo escucha cantar al rey David: la canción es sobre muchas noches y recuerda muchas muertes pequeñas.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo huye de la explosión, que lo derriba y lo aturde: de pronto ha olvidado si está en Tunguska, Sodoma o qué.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo escucha música que no sólo no se ha subido ilegalmente a internet sino que no se ha compuesto. Aún.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo deja el siglo cuya iglesia más antigua venera a un Pequeño Pony (la Capilla Sixtina es púrpura brillante).

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo escucha, de lejos, cómo discuten y pelean los jóvenes escritores de Pompeya. Hablan de pasión, de historia y de fuego.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo mira un incendio de Roma desde lejos. No se ve a ningún emperador. Pero se oyen los gritos.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo visita el Año de la Canica.  
—En el siglo XX hablaban de ustedes y luego ya no.  
—¿El siglo XX no es uno del pasado remoto?

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo lleva a Robert Smith a conocer a Lovecraft, quien de inmediato decide usarlo como personaje en un cuento. No dice cuál.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo me cuenta de los siglos en que la literatura más popular no es ficción, ni no ficción, sino todo lo contrario.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo dice a Nikos Kazantzakis:  
—Realmente creo que debería llevar al menos una libreta. No sólo habla mucho. ¡Habla arameo!

\*

ENTRETANTO, en otro lugar de Jerusalén, el Viajero del Tiempo oye que el hombre le contesta:  
—¿Última cena de qué? ¿De quién? ¿No le dieron una dirección?

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo visita el siglo donde cada identidad de David Bowie preside una iglesia distinta, en guerra con las otras.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo se relaja: este no puede ser el asesino en serie del que le hablaron. ¡Si trabaja de payaso en fiestas!

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo señala a la anciana Anaïs Nin, digna y perfecta, enteramente vestida.

—Sí tiene un aura —comenta Marilyn.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo ve a Harold Bloom huir a la carrera, gritando.

—Pensé —se asombra— que si lo invitaba a conocer a Shakespeare le daría gusto.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo visita al Gran Cacique en su caverna y lo oye decir:

—No va a durar eso de la “escritura”. Sigo convencido.

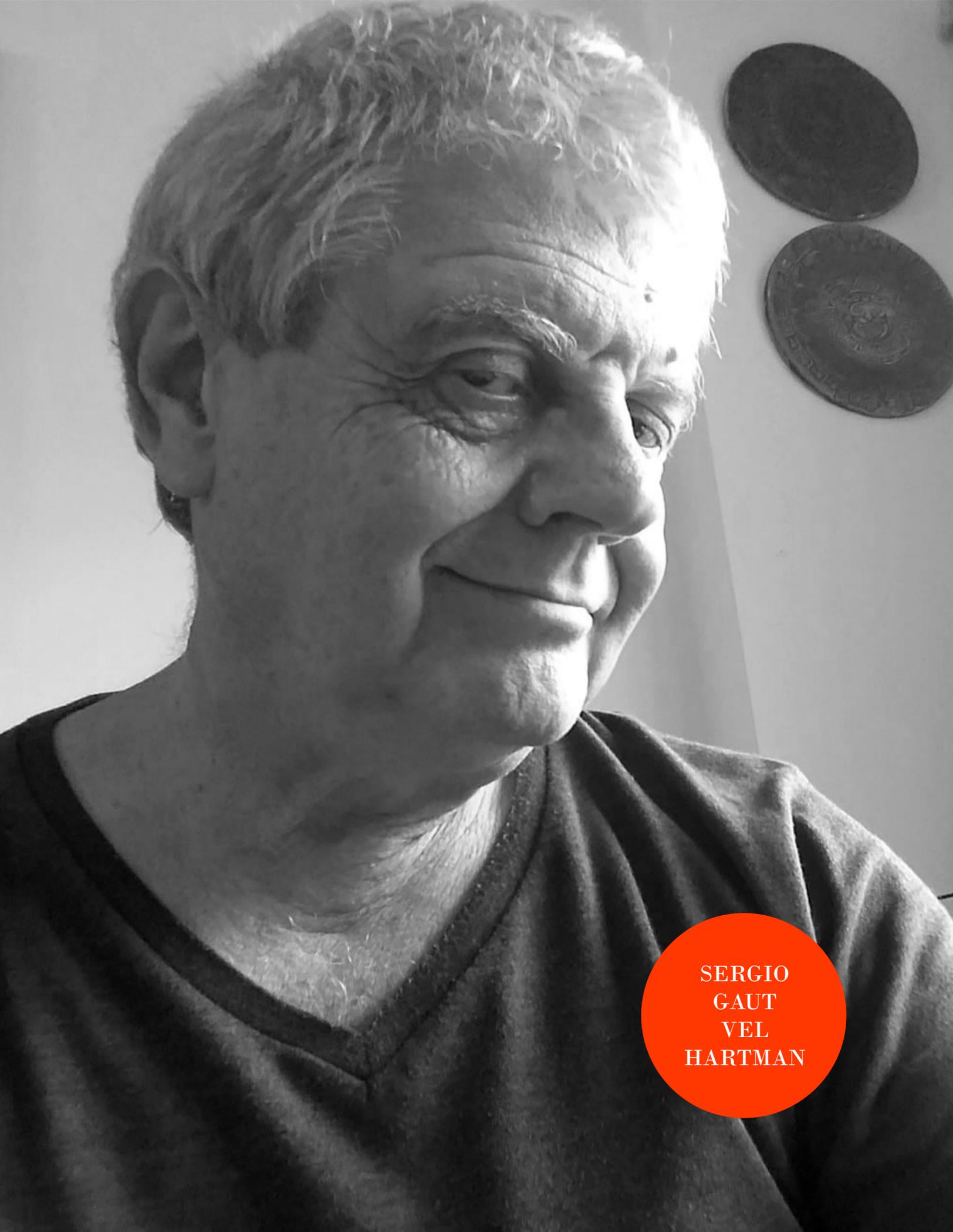
\*

ENTRETANTO, el gato del Viajero del Tiempo se deja ver, pardinegro, en otra noche —una desesperada— de Edgar Allan Poe.

—Miau —saluda, como si tal cosa, entre la lluvia y el viento.

\*

ENTRETANTO, el Viajero del Tiempo piensa en los otros sitios y tiempos que ocupa ahora mismo, mañana, siempre. Qué fatiga y qué vértigo. ▯



SERGIO  
GAUT  
VEL  
HARTMAN

# CORRECCIONES EN LA TRAMA DEL TIEMPO

SERGIO GAUT VEL HARTMAN

**H**enry Hassel puso la máquina a punto y se trasladó medio siglo hacia el pasado. Tal como había calculado (era fantástico calculando) encontró a Vladímir en los jardines del Hotel Palace de Montreux, tomando su vodka con jugo de cerezas. Era la tarde del 5 de octubre de 1969 y el otoño se insinuaba en las hojas de los robles y en la brisa que llegaba del lago cargada con perfumes de humo y resina.

—Maestro —le dijo en inglés; no sabía alemán ni francés, y mucho menos ruso—: necesito a Luzhin para reparar un error en la trama del tiempo.

—¡No me diga! —escupió Nabokov sin mirarlo, haciendo honor a su fama de tipo brusco y desagradable—. ¿Cómo lo quiere, vivo o muerto?

Henry movió su leonina melena y se encogió de hombros. Era difícil determinar si esas categorías eran válidas con los personajes de ficción.

—Vivo, supongo —dijo.

—Vivo —dijo Nabokov, arribando a un tono llano y sin asperezas; eso sorprendió a Henry aún más que la aceptación de que él pudiera estar reclamando, muy suelto de cuerpo, por el personaje de una novela—. No será sencillo, porque como usted sabrá si leyó el libro, Luzhin no sobrevivió al final. Bien, no soy amigo de revelar los finales de los libros, pero usted no estaría aquí si no lo hubiera leído completo.

—Me servirá el Luzhin de la página 47, cuando él ve por primera vez a Alexandra —dijo Henry con cierta timidez.

Vladímir se irguió en la silla, movió el torso y miró a Henry a los ojos por primera vez.

—¿Usted no leyó el libro, se limitó a ver la película!

Henry rehusó el gambito y miró hacia el lago. Una bruma aterciopelada, formando encajes en lilas y dorados, anunciaba el crepúsculo.

—Vi la película —dijo sin volverse—. Pero necesito a Luzhin. Hay un grueso error en la trama del tiempo.

—Eso ya lo dijo —replicó Vladímir; el mal humor volvía a él como un asteroide troyano, describiendo la órbita más excéntrica posible—. Se está repitiendo, como si le faltaran argumentos.

—Esta escena —respondió Henry, armándose de paciencia—, es posible porque hemos tenido la oportunidad de reparar la fractura; quién sabe lo que hubiera sido de usted sin mi intervención.

—¿No hubiera conocido a Lolita? —dijo Vladímir con picardía.

—No solo a Lolita; tal vez ni siquiera hubiese conocido a Vera.

Vladímir se irguió, poniéndose a la par de Henry; era alto, le llevaba una cabeza de ventaja y su temperamento agresivo ponía en serio riesgo la integridad del viajero temporal.

—Mire, amigo, por aquí han pasado embusteros de todos los pelos. Como yo soy una persona cosmopolita y tolerante, por lo general esos sujetos han salvado sus dientes. Pero usted está abusando de mi benevolencia. Si dice una sola palabra más acerca de que hay un error en la trama del tiempo o que necesita a Luzhin para repararla lo voy a sacar de aquí a patadas y no dejaré de dárselas hasta que esté seguro de que no volverá a Montreux.

Henry había pasado por situaciones semejantes en más de una oportunidad. Dio un paso atrás y activó el campo de protección personal, un invento menor casi contemporáneo de la máquina del tiempo. Por fortuna el campo no bloqueaba la emisión de su propia voz, por lo que pudo seguir argumentando.

—Maestro: usted confesó que se sentía como Anderssen jugando La Inmortal, en 1851, al recordar con entusiasmo el sacrificio de ambas torres ante Kieseritsky, “predestinado a aceptar una y

otra vez, en infinidad de libros de texto, un signo de interrogación como monumento”, son sus palabras, ¿las recuerda?

—¿Cómo lo sabe? —dijo Vladímir recuperando su tono más irónico—. De eso no hay película.

—Está lejos de mi naturaleza ser insolente —dijo Henry, poniéndose a la defensiva—, pero usted no debería saber nada de la película. Se filmó en... bueno, cuando usted ya había dejado este mundo.

—Es muy curioso que utilice el verbo en pasado para referirse a un hecho que aún no ocurrió —dijo Vladímir, pensativo.

—Es mi pasado —dijo Henry—. Su futuro.

—Entiendo —dijo el escritor; parecía resignado a lo inevitable—. ¿Me dirá cuántos años me quedan?

—No —dijo Henry—, y es mejor que así sea. Además, la trama del tiempo está desgarrada y ningún hecho permanece fijo en un continuo que se sacude como un trapo al viento. He venido a reparar esa ruptura y, según mis cálculos, sólo su personaje, Luzhin, puede ayudarme.

—Tal vez hasta me gusten un poco los obsesivos de su calaña, capaces de tender una trampa a un campeón aturdido —dijo Nabokov retrocediendo hasta su vaso de vodka con jugo de cereza—. Lo que siempre me ha gustado en el ajedrez son las trampas, los trucos ocultos, y usted parece estar a punto de armar una. ¿Caeré yo? ¿Caerá Luzhin? ¿Quién caerá?

—Descúbralo —dijo Henry—. Invoque a Luzhin, obliguelo a manifestarse en este lugar del espacio y del tiempo, en este plano de existencia. Usted puede hacerlo. Puede escribirlo, o configurarlo como una composición, sobre un tablero. Debe darle entidad mediante una acción de la voluntad.

—No dudo que hay un vínculo íntimo entre algunos espejismos de mi prosa y el tejido brillante y oscuro a un tiempo de los problemas de ajedrez, enigmas mágicos, cada uno de los cuales es fruto de mil y una noches de insomnio —respondió Nabokov.

Vladimir había entrecerrado los ojos; parecía deleitarse con las imágenes de las piezas recorriendo sus caminos invisibles, obedeciendo a los rígidos designios del manipulador. Henry interpretó que ese y no otro era el momento ideal para atacar a fondo, demoliendo las defensas del escritor, debilitadas por la contemplación de esos espejismos y las tramas encubiertas.

—Debo llevar a Luzhin a 1851. El pensamiento de Anderssen vaga a través de laberintos seductores, pavorosos, insondables... pero no encuentra la combinación ganadora. Si Adolf no construye *La Inmortal* en 1851 toda nuestra secuencia se irá por el sumidero, como un flujo de mugre, grasa y pelos. ¿Quiere cargar sobre sus hombros con la responsabilidad de echar todo un mundo a la basura?

—Me está asustando —dijo Vladimir; las palabras de Henry ponían al desnudo su flanco más débil, en cierto modo la herencia del espíritu ruso, culposo y frágil tras la figura del fanático brutal de Gorki, del obsesivo de Dostoievsky, empapados de vodka y rencor—. ¿Verá Luzhin el sacrificio de ambas torres? ¿Cómo se lo transmitirá a Anderssen? —pareció advertir un hilo suelto en el razonamiento y encaró a Henry— ¿Por qué no lo hace usted mismo? El sacrificio ya se produjo. Ni siquiera necesita saber jugar al ajedrez.

—Se equivoca —dijo Henry—. No sé jugar, por cierto, pero eso no sería lo importante. Adolf no puede recibir el mensaje de una mente no entrenada en el manejo de las complejas combinaciones que se ramifican en una partida. Usted lo dijo en la novela: encantadora, quebradiza, cristalina...

—Finalmente —resopló Nabokov—, la leyó.

—Ahora eso no importa —dijo Henry—. Haga venir a Luzhin.

Vladimir, resignado, regresó a la mesa de metal pintada de blanco. El crepúsculo emitía sus últimas notas, por lo que no fue sencillo para el escritor redactar esas pocas líneas a la débil luz de las farolas del parque, el par de párrafos necesarios para invocar a Luzhin. Henry esperó pacientemente, sin hacer comentarios.

Sabía que Nabokov había comprendido lo que él necesitaba. Cuando el escritor terminó le tendió la cuartilla. El viajero del tiempo no se detuvo siquiera a leerla. Desconectó el campo de protección personal y tendió la mano. Vladímir se la estrechó con fuerza.

—Será mejor que no escriba nada acerca de este episodio, ¿verdad?

—No me atreví a pedírselo. No está contemplado en la línea raíz. Si lo hiciera podría producirse alguna otra fisura, en un punto cualquiera de la trama. Podría anular la carrera literaria de Alfred Bester, lo que sería terrible para mí, o provocar que el FBI se diera finalmente el gusto, arrasando con todos los rojos del área de la bahía de San Francisco.

—Esto último no me molestaría en absoluto —dijo riendo Nabokov—. No hay un solo escritor en ese lugar que merezca mi simpatía, ni siquiera mi compasión.

—No vine a discutir de política con usted, maestro...

—Tiene razón. Si puede, en otro momento, venga a tomar una copa conmigo. Tal vez me interese escuchar sus fantásticas historias del siglo XXI —hizo una pausa y miró en todas direcciones—. ¿Adónde dejó la máquina del tiempo?

—Allí, entre esos arbustos espinosos —dijo Henry señalando en dirección a una Venus de mármol—. Es un modelo portátil.

—Entiendo —dijo Nabokov. Giró en la penumbra dándole la espalda a Henry y tomó el vaso; chasqueó la lengua disgustado cuando descubrió que estaba vacío.



Henry Hassel parpadeó. Estaba en una sala atestada de público. El humo de los cigarrillos, pipas y cigarrillos saturaba el aire de un modo impúdico. El mayo londinense, más frío de lo esperado, se colaba por rendijas y fisuras, tragaluces y mirillas formando haces etéreos, pero álgidos. Paseó la mirada recordando los rostros de

los grabados, aunque algunos de los presentes no habían adquirido suficiente notoriedad como para ser inmortalizados. Bernhard Horwitz era el caballero que llevaba las negras ante Henry Bird, su tocayo, inconfundible por la poblada barba blanca. No tenía dudas con Staunton, por lo que el que lo enfrentaba debía ser Brodie. Un poco más allá, reconoció a Johann Loewenthal, pero le hubiera sido imposible determinar quiénes eran Jozsef Szen, Carl Mayet o Marmaduke Wyvill. De todos modos ellos no eran el objetivo de sus esfuerzos, sino los que jugaban en la mesa central, rodeados por el público más ansioso y apasionado. Adolf Andersen y Lionel Kieseritzky movían las piezas nerviosamente, con una prisa, con un vigor absolutamente reñido con la obra de arte que estaban esculpiendo. Henry sabía que la partida había estado plagada de errores, y que esos errores debían ser la consecuencia natural del vértigo. Pero no había imaginado algo tan chapucero. Kieseritzky, por ejemplo, derribaba un alfil o un caballo cada vez que realizaba una jugada.

Cubrió la distancia que lo separaba de los contendientes utilizando los codos y la impunidad que otorgaba el campo de protección personal y se ubicó junto a un hombre que bizqueaba de un modo muy notorio. Henry supo de inmediato que ese hombre era Luzhin. Los tics que le arrasaban el rostro, las muecas de contrariedad y las maniobras eléctricas de las manos, alisando arrugas invisibles en su traje, sólo podían pertenecer al personaje concebido por Nabokov. Miró el tablero y advirtió que se acercaban a la crucial jugada 18. Kieseritsky acababa de desplazar su alfil a c5, resignado a su destino e incapaz de encontrar la defensa salvadora. Todos los comentaristas que se habían ocupado de la partida más famosa de la historia determinaron que Kieseritsky no halló la jugada correcta... ¡porque no existía! Las negras tenían muchas posibilidades de elección, pero ninguna era buena.

Henry se concentró en Luzhin. Trató de hallar en ese hombre los rasgos de comportamiento que recordaban al inefable Alekhine, como había sugerido el propio Nabokov al explicar su obra,

pero no le fue posible; sólo veía a un obsesivo del ajedrez que sufría esa partida ajena como una secuencia de incidentes de vida o muerte, similares a una serie de catástrofes imparables, capaces de demoler los cimientos mismos de la organización del universo. Lo peor de todo, pensó Henry, era que aunque él no lo supiera, ocurría exactamente eso: la existencia de toda una línea temporal se puso en juego cuando Anderssen alzó la mano para mover el peón de la columna “d”. Ahí estaba el peligro. Si el alemán mejoraba su maniobra ganaría más fácilmente la partida... pero no sería La Inmortal, la gema que había hecho suspirar a millones de ajedrecistas con mayor fervor del que expresaban al recibir los favores de una dama.

Henry observó a Luzhin. Si las instrucciones de Vladímir habían sido precisas, y él estaba seguro de que sí, el esfuerzo del personaje se orientaba a manipular la mente de Anderssen, obligándolo a jugar el caballo a d5, un movimiento inferior, pero fiel a la partida que conoció la Historia. Anderssen había calzado la barbilla entre las manos y Kieseritsky se rascaba la cabeza; un gesto bastante grosero, aunque comprensible. Luzhin, en cambio, parecía sumido en los abismos de su propia inteligencia, luchando porque lo necesario obtuviera la victoria sobre lo mejor. El capítulo final, semejante al remate de un cuento de misterio, contenía suficientes elementos nocivos como para arrasar la razón del personaje de Nabokov y destruirlo.

Por fin, y para alivio de Henry, Anderssen efectuó su jugada: movió el caballo. Kieseritsky, casi sin pensar, como si la hubiera estado esperando, tomó el peón “b” con su dama y el alemán, sin medir las consecuencias, disparó el alfil a d6, exactamente lo que tenía que hacer. A la luz de los análisis posteriores, el movimiento del alfil de Anderssen era un error, pero psicológicamente era demoledor, un golpe de efecto que hubiera hecho las delicias de Lasker.

Henry advirtió que estaba sudando. Pero al contemplar a Luzhin descubrió algo peor: el hombre se volvía transparente, una

condición a todas luces más conflictiva que cualquier sensación corporal que él pudiera experimentar. ¿Lo advertirían los ajedrecistas y el público? Henry confiaba que no; estaban absortos, cautivados.

Kieseritsky clavó sus ojos en Anderssen. En su expresión se leía claramente que pensaba que el alemán estaba loco. Había dejado la torre en el aire y tras capturarla las negras amenazaban un formidable mate en la primera línea de las blancas. Kieseritsky volvió a mirar el tablero y levantó la mano. Henry cruzó los dedos y vio que ahora sólo se distinguía el contorno de Luzhin. Pero el peligro había pasado. La mano de Kieseritsky aferró su dama y con un suave empujón sacó la torre del tablero. Anderssen no vaciló un segundo. Avanzó el peón a e5 y sintió que al cerrar el camino de la dama negra estaba cincelandó el broche de oro que su obra merecía.

Henry no necesitó ver el resto. Lo aliviaba haber acertado con la estrategia correcta, y más aún lo confortaba haber llegado a tiempo. Le debía mucho a Nabokov, el universo entero tenía una deuda con el ruso. No obstante, una duda feroz comenzó a instalarse en su mente. ¿Qué pasaría si otro viajero del tiempo, más sagaz o más artero, descubría una forma de reforzar el juego de Kieseritsky? ¿Cuántas veces tendría que corregir el texto del tiempo? Un turbulento escalofrío le corrió por la espalda. Trató de ganar la salida, pero una manaza cubierta de pelo lo aferró del hombro y lo obligó a dar la vuelta.

—Que esto no se repita —le dijo Anderssen en un pésimo inglés. Su aliento a coles agrias golpeó a Henry con mayor violencia que la peor bofetada—. No me importa su línea temporal. Le advierto que la próxima vez jugaré el caballo a c7, ¿comprende lo que le digo? Y no traiga campeones de papel; si lo hace los usaré para armar mis cigarrillos. O directamente hablaré con Vladímir y lo sacaremos a usted del juego —concluyó golpeando con el dedo el hombro de Henry. Fue doloroso—. ¿Me entendió?—



# LOS BUENOS TIEMPOS

JUAN PABLO GOÑI CAPURRO

—**E**xtranjero, te lo digo ya, esas ropas no son de Buenos Aires.  
—Quizá en el centro, en Harrod's...  
—Vamos, Miguel, ¿y la palidez? Es otro extranjero que vino al Mundial. Un alemán.

Los tres hombres no le prestaban tanta atención al corte perfecto del traje ni a las manos delicadas del sujeto, sino al precioso maletín de cuero con incrustaciones plateadas.

—Miguel, somos dos; vos, ¿estás adentro o afuera?

Miguel se sumó, no se perdería una parte del apetecible maletín.

Los tres acomodaron sus camperas como si quisieran mostrarse elegantes ante el visitante de otras tierras, tal como aconsejaban los jingles del gobierno. Se acercaron por el lado de la sombra; el sujeto miraba embobado la vidriera de una juguetería. Miguel se ubicó a la derecha del turista; Pedro se puso a la izquierda y José, detrás. El sujeto no los advirtió. José le dio con la cachiporra en la cabeza, los otros impidieron que cayera.

Lo sostuvieron desde sus axilas y caminaron con el hombre desvanecido hasta el callejón que daba a las vías. Lo dejaron caer contra la pared de ladrillo viejo, detrás de los tachos repletos de basura. José tomó el maletín. Los tres se alejaron rumbo a la estación del ferrocarril Roca.



El sujeto despertó, el sol le daba en la cabeza. Le dolía mucho; tenía una inflamación importante. Intentó ubicarse, no pudo. Buscó el maletín, no lo vio. Olvidando el dolor se incorporó, revisó la zona, los tachos de basura. Llegó a la calle Estrada, vio el letrero de la juguetería.

El maletín había desaparecido. Era imposible. Se habían cerciorado; habían estudiado los *posteos* de las redes sociales de la última década del siglo XX y las primeras del XXI. Los argentinos pedían la vuelta de los militares porque en sus tiempos «se caminaba tranquilo por la calle y no se sufrían asaltos, no había inseguridad». Enviado al Buenos Aires de 1978 para investigar el sistema que mantenía las calles seguras, con intención de aplicarlo en su sociedad vuelta una jungla, ¡y había terminado asaltado!

Desconcertado por el imprevisto, se preguntó si no era un fallo de la máquina. Pero no, estaba en 1978, a dos días del partido inaugural del mundial de fútbol, las ventanas embanderadas y la gente comprando televisores. Lo habían robado, debía asumirlo. Necesitaba recurrir a la comisaría más cercana, aunque develara su misión. La policía de la época, según miles de declarantes en las comunidades virtuales, era muy eficiente; tampoco había que temer por el asunto de las desapariciones, solo caían quienes estaban en algo raro. La policía era su mejor opción. Su única opción, si pretendía regresar a casa.



—Mmm, es un juguete raro.

Belasur daba vueltas, era su costumbre. Los tres maleantes no se preocuparon por sus rodeos. Habían intentado deducir por sí mismos qué era el artefacto guardado en el maletín; no lo consiguieron. Lo habían manipulado tal como lo hacía el perista ante ellos; lo alzaron, lo giraron. Tenía una base rectangular, una boca similar a la de un viejo fonógrafo salía hacia un costado. De frente una superficie plana, como una pantalla. No había perillas ni palancas sino botones.

—¿Cuánto vale?

—Manuel, muchachos, no sé qué es, ¿cómo puedo saber cuánto vale?

—Pero es caro, seguro.

El perista alzó los hombros para responder a Pedro. Los cuatro se hacían la misma pregunta, ¿qué sucedería si pulsaban los botones?



—Tiene dólares, cinco mil.

—Es extranjero. Lógico, nos toman por subdesarrollados, es la campaña antiargentina de los subversivos. Decir que viene del siglo XXII...

—¿No habrá problemas?

—¿Qué problemas puede haber, Suárez? Terrorista internacional, sin documentación, intentó volar la comisaría. Nos ganamos bien esos cinco mil dólares. Vamos con otra vuelta, a ver si dice la verdad.

—Sí, comisario.

Sobre el camastro de hierro, el hombre desnudo ya no quería explicar. Les había dicho todo cuando hizo la denuncia del robo; creyó que lo llevaban a la casa de los ladrones cuando lo bajaron —entusiasmado— ante el chalé deshecho. Les gritó que le escanearan el chip, que ya no existía más la documentación externa. No hubo caso. Traspasado de dolor, solo quería que la agonía finalizara; lamentó no poder transmitir un informe para evitar el envío de otro agente a esas coordenadas.

Suárez aumentó la potencia y aplicó la picana sobre los genitales del hombre desnudo; por enésima vez se sacudió el camastro. Las piernas golpearon el hierro, de la boca salió un quejido uniforme, una letanía de despedida. Suarez apagó el equipo.

—Duro el alemán, comisario.

—Ya va a cantar, todos cantan, Suárez.



El zumbido no era similar a los zumbidos de los ventiladores, de las heladeras, de las hélices de los aviones. Algo vibraba y giraba dentro de esa cosa. Los cuatro hombres se alejaron de la mesa, Belasur quedó de frente a la boca.

La pantalla titilaba como los relojes despertadores que estaban llegando de Taiwán. Pedro se preguntó si no sería eso, un reloj. Adelantó el dedo, miró a sus asociados. Ningún gesto. Se consideró autorizado. Pulsó un botón y sí, eran números. Consultó el reloj pulsera. Puso el 1, el 5, el 1, el 5. Quiso colocar la fecha pero no permitió más ingresos.

El zumbido creció, una centella se disparó de la boca, los encgueció. Cuando recuperaron la visión, ni Belasur ni la máquina estaban en el cuarto. Solo el maletín vacío en el piso, junto a una pata de la mesa.



En el centro subterráneo de Nevada, cuatro hombres analizaban trazos sobre una escala temporal.

—¿Alguien puede decirme qué fue a hacer Beta-7 a 1515?

Ninguno pudo.

—¿Qué había en Buenos Aires en 1515?

—No había Buenos Aires, comandante.

El monitor emitió una alarma. El equipo se concentró en la fecha.

—Ah, ahora está mejor, volvió al 78, a los buenos tiempos.



—Comisario, el alemán...

—Duro resultó. Metelo en la bolsa y ponelo con el indio ese que apareció en Escalada.

—¿Al vertedero?

—Sí, para el avión los quieren vivos. ▸



# EL MESÍAS

JESÚS GUERRA MEDINA

**S**e miraron sorprendidos en medio de la multitud. Eran idénticos en todos los aspectos, como gotas de agua; limpios, sucios, rugosos, ideales, irregulares; más que gemelos como espejos, eran sus propios reflejos. La gente a su alrededor los miró, señalándolos; ellos callaron. Se palparon con la mirada. Jesús, con su manto manchado de polvo y sus pies descalzos de tanto caminar, preguntó ¿Quién eres?, y Jesús, con su túnica ligeramente pálida y sucia, respondió Soy Jesús. ¡Jesucristo, el Mesías!, gritó un apóstol en medio de la turba y los demás vitorearon contentos. ¿Jesús?, preguntó Jesús, y Jesús asintió con un ligero movimiento de cabeza. Por allá, un soldado romano gritó, por acá otro respondió y un burro rebuznó a lo lejos. El sol ardía en medio del mundo y el viento soplaba, tibio y seco a lo largo del cielo raso. No, dijo Jesús, yo soy Jesús, y Jesús, con los ojos abiertos como platos, respondió Yo soy Jesús, hijo de Dios. A su alrededor todos callaron preguntándose si acaso aquel encuentro era un milagro; uno más de Jesús, el Salvador, el Mesías.

*Mientras tanto, en las afueras del pueblo, entre las rocas, sobre una loma, junto a cavernas en cuyas sucias entrañas leprosos dormitaban, sudando enfermedad y pecado, el Científico, con sus prismáticos digitales, bailoteó de felicidad y dijo, apretando el botón de su grabadora de sonido de cinco canales de resolución, cuidando que nadie lo viera: La clonación fue un éxito, Espécimen 0003 ha hecho contacto. Y en los audífonos en sus orejas, como chinches de metal brillando al sol, una voz contestó, ronca, Muy bien, ahora regresa. El científico guardó sus extraños objetos futurísticos en una cápsula que luego se encogió y guardó en su bolsillo y apretó una válvula en su reloj encarnado en*

*su antebrazo izquierdo. Y en ese instante un agujero se abrió, cual portal, en medio de la nada y entró en él. Acto seguido, desapareció para siempre de esta historia dejando tras de sí una estela de polvo y la curiosidad despierta de un pequeño pastor, (cuya descendencia inventaría siglos después la primera máquina del tiempo), que, recostado entre hierba seca, lo vio desaparecer como un espejismo mientras arreaba sus ovejas.*

Jesús, entre tanto, discutía con Jesús por saber quién era Jesús, el Mesías. La gente se conglomeró gritando y llorando y sonriendo, alimentados por el morbo de la situación de aquel encuentro imposible de dos idénticos, y más pronto que tarde, soldados romanos con sus espadas en mano y látigos enrollados en sus cinturas, los arrestaron a ambos. A Jesús y a Jesús. Doble crimen, confesaría uno de ellos tiempo después a Poncio Pilato, por asegurar ser hijos de Dios. Condenados, azotados y torturados, cada quien cargó una cruz a costas hasta la cima del monte Calvario, en donde, junto a dos ladrones, fueron insultados y crucificados hasta morir. Los cuerpos fueron enterrados, llorados y alabados, al tiempo que los leprosos eran curados y los pecados lavados del mundo. Tres largos días pasaron, y cuando la sombra del perverso luto se abalanzaba como nube o como tormenta de arena, densa, inmensa sobre la faz, los apóstoles, los once que quedaban, descubrieron a Jesús, quien resucitó de la muerte, fuera de la tumba en donde encerraron su cadáver. Tenía una extraña mancha estampada en su brazo izquierdo y la piel maltratada como si se estuviese desintegrando en el aire, además de golpes en la cara, signos de una violenta pelea; pero nadie dijo nada conmocionados por la aparición.

Jesús, entonces, les habló por última vez y poco después ascendió al cielo, al trono junto a Dios, su padre, entre ovaciones y lágrimas; del otro Jesús no se supo nada; su cuerpo quedó enterrado y la gente, admirando la resurrección de Jesús, se olvidó por completo de él... *hasta que cinco mil siglos después, cuando las clonaciones eran reveladas al público y las máquinas para viajar en el tiempo cosa*

*común en la vida cotidiana, científicos descubrieron el cuerpo de Jesús flotando en un cubo de hielo, en donde antes fue Jerusalén.*

*El cuerpo de Jesús fue clonado a partir de sus propios despojos, alterado genéticamente para poseer la capacidad de levitación —sabrás Dios con qué fin—, y llevado al pasado... el Científico y Jesús (especimen 0004), viajaron por separado en capsulas en forma de burbujas, entre destellos luminosos, cegados por luces fugaces, por centellas y llamaradas fluorescentes que revoloteaban en espirales a su alrededor; retrocedieron, girando y girando, deslizándose en espacios muertos y resquicios oxidados de la historia del mundo humano; viajaron, alejándose como veletas al viento, y callaron y gritaron y entonces, luego de cuatro suspiros que a Jesús parecieron una eternidad, se vieron arrojados en una extraña y lejana tierra...*

Jesús, salió de su cápsula desorientado y recorrió lentamente aquellos extraños parajes de tierra, entre polvo y gritos y olores que no pudo descifrar; caminó despacio, tomándose su tiempo para contemplar pretéritas memorias de lo que fue, de lo que era, de lo que sería. Se sentía confuso, ajeno a todo lo que se le presentaba, le dolía la cabeza y un hormigueo se escurría por su brazo izquierdo en donde un extraño símbolo se ensombrecía sobre su piel.

Una turba de pronto se escuchó a lo lejos y Jesús, como atraído por un imán, se acercó a ellos, despacio, arrastrando los pies; su túnica se había ensuciado por el polvo que soplaba sin dirección y los pies se le habían agrietado por las piedras del camino dejando un pequeño rastro de sangre que lo seguía, lo seguía, lo seguía. Jesús dobló en una esquina, pestañeó un par de veces para quitarse el polvo de los ojos y entonces lo vio:

Se miraron sorprendidos en medio de la multitud... ▸



# EL CÚMULO DE HERÁCLITO

VÍCTOR ANDRÉS PARRA AVELLANEDA

**S**uele suceder que, en medio de la noche, a eso de las 3:30 de la madrugada, mi sueño se interrumpe sin razón alguna. Miro el reloj y perplejo constato que estoy rodeado de oscuridad. Mi tía, que es algo esotérica, afirma que esto se debe a un espíritu que, a esa misma hora, todos los días, me observa. Mi tío, que es psicólogo, jura que no es cuestión de almas o espíritus, sino de un trastorno emocional que me molesta desde las profundidades de mi inconsciente y genera pesadillas. Otra tía dice que como demasiado y ello genera una gastritis que impide la tranquilidad del sueño. ¿A quién creerle?

Esto me preguntaba cuando desperté nuevamente a las 3:30 de la madrugada y observé que había luz, como si hubiera amanecido. Verifiqué la hora en mi celular, en mi despertador mecánico que guardaba en un cajón, en mi reloj de muñeca y del repuesto del reloj de muñeca. No, no se retrasaron los relojes.

—Alguien estacionó su carro y ha dejado prendida las luces — me dije, convencido.

Sin embargo, oí a lo lejos un montón de gallos cantar. Salí de mi casa y no había ningún auto, o cualquier artefacto humano luminoso. Allá, como a doscientos metros pasó volando una gran parvada de zanates, y otra de palomas y otra de tordos. Era de día y no había cómo negarlo. Una luz azulada dominaba el cielo. Recuerdo que se podían ver las estrellas. Exploré el firmamento tratando de encontrar el sol y, en su lugar, vislumbré una gran mancha parecida a una nebulosa. Era como entre morada, azul y violeta.

—Estoy soñando — dije.

Hace mucho no tenía un sueño tan lúcido, tan real, tan vívido. Recuerdo que en uno, un sujeto me ayudó a distinguir si estaba atrapado en una realidad onírica. Bastaba dar un salto, con el menor esfuerzo, y ver la altura alcanzada. Si con el salto superaba mi estatura, ello significaba que estaba soñando; para lograr esta hazaña se requiere mucha energía, y no soy un tipo de deportes, así que dar un salto de estas características me resultaría imposible.

Di el saltito. No estaba soñando.

—Es real —dije.

Al poco tiempo del abrupto amanecer, salieron mis vecinos a observar el pintoresco panorama. Fue tal el desconcierto, que algunos me preguntaron si yo era un personaje de sus sueños. Nadie daba crédito a la verdad de esta luz.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo idea.

—¿Será el cúmulo de Heráclito?

—Puede ser. Según los científicos de la UNAM, estallaría en cualquier momento.

El cúmulo de Heráclito, para el lector desinformado, fue una agrupación de veinte estrellas supermasivas, todas gigantes rojas, todas 36 veces más grande que el sol, todas separadas equidistantemente y todas de la misma edad, localizadas a 4 600 años luz de la Tierra. Fue descubierto en 2079 por astrónomos mexicanos quienes afirmaban que en poco tiempo el mundo sería testigo del espectáculo astronómico más sorprendente de la Historia. No lo decían por decir: se basaban en neutrinos detectados en algún lugar del cúmulo.

—¿Es una o todas las estrellas las que han explotado?

—Creo que son todas.

—¿Cuánto iba a durar esto, según?

—Predijeron veintiséis meses. Eso es como dos años y pico.

—¿Dos años con un amanecer en la madrugada?



Esto se convirtió en una curiosidad. Nadie dudó en tomar fotos a la mancha dejada por la supernova, mancha doce veces más brillante que la Luna llena. Pero al poco tiempo la gente comenzó a hartarse, principalmente por que el día resultaba eterno: la supernova era visible desde las 2:00 de la mañana hasta las 2:00 de la tarde, doce horas exactas. A eso añadámosle el período de la luz solar. La noche pasó a ser un recuerdo y de recuerdo se convirtió en el sueño que todos anhelaban. Por otra parte, palabras como *mañana*, *tarde*, *madrugada* perdieron sentido. De los humanos se puede esperar muchas cosas absurdas y no es atrevido pensarlo.

¿Y qué decir de los gallos? No se callaban. Algunas poblaciones de murciélagos murieron. Las migraciones de los animales marinos se volvieron un desastre.

Recuerdo un experimento sobre los ciclos circadianos. Una ardilla era encerrada en un cuarto privado de luz. A los primeros días la ardilla despertaba y dormía en horarios similares a que si hubiera luz. Pero al mes, manifestaba ciclos irregulares: despertaba y dormía en cualquier momento; era completamente aleatorio, su noción del tiempo desapareció. Lo mismo pasó con los seres humanos y animales: ante la alteración de los ciclos circadianos desarrollaron trastornos de agresividad o depresión:

—¡Buenos días!

—Vete al infierno.

—¡Estamos en él!

¿Y qué decir sobre el aumento en la incidencia de cáncer? Dentro del cerebro se encuentra la glándula pineal. Ella capta la luz y regula el sueño por una hormona llamada melatonina. De hecho, hay genes que regulan esto: los genes reloj. El tiempo, en este caso, no son las extrañas conjeturas por las que discuten los físicos, sino la percepción de los períodos de luz por parte de los sistemas biológicos.

El tiempo lo atribuimos a la sucesión de eventos, al cambio de configuración de los sistemas físicos. Por eso los primeros relojes se basaban en el cambio de posición del sol. Y es la luz, al parecer, lo que nos da certeza de ese cambio. Si no, ¿cómo distinguiríamos a los objetos y sus movimientos? En todo caso, se trata de la realidad que perciben los sentidos. ¿Qué seríamos sin ellos? Sin luz, sin sonido, sin tacto, sin gusto.

Es claro que la supernova alteró todo esto y, con ello, la misma percepción de la realidad. Muchos desarrollaron un patológico insomnio y al verse ante el espejo no lograban reconocerse. Algunos otros tomaban somníferos y llegaban a morir de sobredosis.

Un colapso gravitacional de veinte estrellas que ocurrió hace 4 600 años altera nuestro sueño, nuestros genes y nuestra cordura. ¿Logrará nuestra especie sobrevivir setecientos días ininterrumpidos de luz?¬



# LOS ACTUALIZADORES

PATRICIA K. OLIVERA

**C**omenzó con el envoltorio de un paquete de galletas al agua. Una mañana de junio de 2018, durante el desayuno, Héctor vio que el número de lote de fabricación decía “junio de 2022”. Al principio no le dio importancia y cuando se lo comentó a su mujer, ésta no lo tomó en serio. No conforme le mostró el envase para que lo viera por sí misma.

—Estás viendo mal. ¿No ves que ahí dice “junio de 2018”? Creo que tendrías que ir al oculista —bromeó la mujer, quitándole importancia.

Esa fue la punta de la madeja. Preguntó a otras personas y todas veían la misma fecha. Ya estaba olvidándose del tema cuando, a la semana, el envase del queso de untar que tanto le gustaba traía un número de lote similar. Reaccionó de la misma forma que la primera vez y el resultado fue el mismo: ninguno veía la misma fecha que él. Buscó los números de lote en las páginas web de las respectivas empresas pero no apareció nada al respecto. Llamó a la compañía para ver si podían aclararle algo pero lo tomaron por un loco. Para salir de toda duda le hizo caso a la esposa y pidió hora con el oculista. Eso solo sirvió para gastar dinero y tiempo ya que gozaba de una vista envidiable.

Una tarde mientras volvía de uno de sus viajes al interior — Héctor era visitador médico—, vio a unos obreros colocando un nuevo afiche en el cartel publicitario ubicado en un terreno baldío junto a la ruta. Lo miró con indiferencia al pasar, como una parte más del paisaje, pero quedó boquiabierto al observar el anuncio futurista que acababan de colgar. En éste se anunciaba un aeromóvil último modelo que utilizaba como combustible una

sustancia de la que nunca había escuchado y que se podía pagar con una moneda que tampoco conocía ya que no era ninguna de las que se usaba en otros países. De inmediato dio marcha atrás para hablar con los obreros. Para su sorpresa éstos habían desaparecido. El anuncio futurista relucía. Héctor pensó que si se lo contaba a la esposa no le creería. Nadie le creería. Optó por sacar una foto con el celular: ahora sí nadie podría tacharlo de loco. La amplia sonrisa con la que llegó en la noche se le cayó a los pies cuando en el celular solo apareció la imagen de una moto de última generación que consumía menos combustible que otras marcas y además se podía pagar en cómodas cuotas. La esposa, seriamente preocupada por su salud mental, lo acompañó cuando se subió al auto y condujo como un poseso hasta donde se encontraba el cartel. Eso solo lo hizo dudar de su cordura, ya que él y su mujer veían imágenes distintas. Cuando se iban del lugar, por el espejo retrovisor vio a los obreros de antes.

—¡Mira! —exclamó señalando el espejo.

—¿Qué? —preguntó intrigada la mujer.

—¡Ahí! ¿No ves? —dijo exasperado. Ella resopló y lo miró con pena.

—Perdona, yo no veo nada.

Esa noche la cena fue silenciosa y ninguno probó bocado.

—Tendremos que hablar con el Consejo —dijo uno de los obreros mientras se quitaba la máscara, dejando al descubierto un rostro ovalado, de piel aceitunada y ojos rasgados.

—No se van a poner contentos cuando se enteren de la fuga temporal. Por suerte para nosotros estos son hechos aislados —respondió el otro, mientras ambos se despojaban de sus ropas de obreros y se iban difuminando a medida que se internaban en el campo que se hallaba detrás del cartel publicitario—. Seremos juzgados —murmuró sin emoción en la voz.

—Sí, ya sabemos qué sucedió con aquellos que cometieron el error de no actualizar los datos mientras manipulaban la información a exhibir —concluyó el interlocutor, antes de que ambos desaparecieran.

Héctor permaneció internado una semana durante la cual le realizaron todo tipo de estudios. Los médicos fueron categóricos: era un hombre que gozaba de excelente salud. Cuando le dieron el alta y volvió al trabajo, pasó varias veces por delante del cartel publicitario pero la imagen era la misma que veían los demás. Lo mismo ocurrió con los envases de los productos que consumía: los números de lote estaban dentro del período normal de envasado. Si bien prefería mantener lo sucedido en el olvido, no podía evitar mirar fugazmente hacía el cartel cada vez que volvía de sus rondas por el interior. Uno de esos días, un par de obreros trabajaban cambiando el anuncio. Ambos lo saludaron con la mano. Héctor los miró con curiosidad.

—Recuerda que tenemos que actualizar la información constantemente o de lo contrario, dejar el cartel en blanco —dijo uno de ellos, sin dejar de saludar a Héctor—. No queremos que nos suceda lo mismo que a los actualizadores anteriores.

—Ni lo menciones —arguyó el otro—. Somos responsables por el buen funcionamiento de uno de los muchos mundos artificiales que posee el Consejo Intergaláctico para realizar sus experimentos. De todos modos, es curioso que estos episodios se estén dando con los humanos y con tanta frecuencia, a diferencia de lo que sucede con los habitantes de los otros planetas.

—Eso no nos concierne —interrumpió el que saludaba. Su tono era monótono—. Más vale que te olvides de eso. Haz tu trabajo con cuidado, sé un buen actualizador y el Consejo estará contento contigo. No querrás ser expulsado al espacio igual que sucede con los que cometen errores o se interesan por lo que no deben. ▸



# LAS BICIS DEL TIEMPO

ERNESTO TANCOVICH

**D**ejé atrás las últimas casas, el vocerío de vecinos y radios, el pavimento. La bicicleta crepitó por la senda de pedregullo. Al cambiar a una velocidad que ayudara a remontar la cuesta, el mecanismo chirrió de mala manera. Como atendiendo a una señal, los cultivos mutaron en pastizales salvajes y el aire se pobló de sonidos. Un tamborileo asordinado, cantos en letanía sobre un magma de murmullos, rechinar de ejes, golpeteo de cascos, relinchos.

Una procesión atravesaba el camino, encabezada por cuatro curas con sus breviarios abiertos. Los seguía una formación militar uniformada en rojo. La primera fila hacía sonar tambores, los demás portaban fusiles y dagas largas. Alrededor pululaban hombres y mujeres ataviados a cierta usanza antigua.

Llevados en alto por ocho forzudos se bamboleaban un hombre y una mujer, él de hábito negro y ella de blanco, los ojos vendados, amarrados a sillas. “Una filmación” pensé, aunque extrañado de no ver cámaras ni reflectores. Murmurando, los supuestos extras me miraron con ojos malévolos. Algunos soldados rompieron filas y comenzaron a rodearme. Entré en pánico y di impulso a la bici. Entonces el sistema de cambios repitió aquel sonido de metales desafinados y retornó el paisaje de todos los días: la casa de Visentini rodeada de álamos, los campos grisáceos, los arbustos descoloridos por la seca, el camino jalonado por los postes del tendido eléctrico. Y alzando polvareda, la Chevrolet colorada del viejo Mendieta.

Haciendo alto con otros dos de la Peña de Ciclistas Veteranos bajo una arboleda de la Panamericana, me animé a contarle.

—Casi llega a presenciar el fusilamiento de Camila —dijo Umpiérrez.

—Entendí eso. Pero no el porqué.

—Es un fenómeno raro pero conocido. Me pasó no una sino dos veces.

Presionó los dedos mayores sobre las sienes como activando las teclas PLAY y tras un silencio introductorio, dijo:

—La primera vez fui a caer en unos campos desiertos. Solo como nunca antes, cercado por el horizonte. Agitaban el pastizal animales que no llegué a ver. Y al aire pájaros, de a miles. Ninguna referencia que pusiera fecha al momento. Podía pensarse que el humano no hubiese sido creado. Elegí un punto cualquiera, enfilé la bici, puse el cambio, que chilló feamente, y en un parpadeo estuve de vuelta. La segunda fue brava.

—Cuente, Umpiérrez —dijo el otro, un tal Mendiolaza. Tendido en el pasto, mordisqueaba un tallito cortado de por ahí.

—Aparecí en un puerto. Digamos siglo diecisiete y no iremos a errar por mucho. La selva de mástiles y velas ocultaba el mar. Se lo veía apenas en pedacitos grises, espejado. El muelle era un hormiguero de hombres, ennegrecidos por el sol, la raza y el betún, doblados bajo fardos que trasladaban de los barcos al muelle y de las barracas a los barcos.

Comprendí que de repetir sus historias había terminado por darles cierta forma artística.

—Unos tipos de uniforme gris, cara roja y bigote rubio descargaban latigazos sobre los lomos desnudos de aquellos desgraciados.

Umpiérrez cerró con fuerza los ojos.

— Y el olor. Mescolanza de salitre, grasa, sudor, pescado podrido, humo... También yo tuve la impresión de una película pésima.

Me ahogó de repente el miedo de que fuesen a convertirme en un burro de carga más. Giré la bici, el cambio repitió aquel chirrido y me vi de nuevo en este mundo. Cerquita de acá, por Escobar.

—Yo sí me las vi fieras —dijo el otro.

—Adelante, Mendiolaza —autorizó Umpiérrez.

—Fuego. Una tormenta de fuego. La gente corría enloquecida buscando por dónde escaparle. No sabía dónde estaba. Recordaba haber puesto el cambio para bajar la barranca de Martínez y ese ruido de la cadena al pasar mal los piñones. Con el tiempo averigüé que había estado en el gran incendio de Londres. Fui bombero, en el cuartel de Tigre. En el curso de ingreso estudiábamos los incendios famosos.

—Suerte que la sacó barata.

—Dos cosas me salvaron. Algo que sé de inglés y la bici. Oí que acusaban a los extranjeros de haber iniciado el ígneo. La ropa de ciclista me marcaba. Se venía la turba para comerme vivo y no pensé más. Emboqué una calle y salí disparado. Metí el cambio y oyendo rechinar otra vez los metales me encontré de nuevo Pacheco abajo, a toda velocidad. Clavé los frenos y así y todo golpeé el cordón.

—Como en las pesadillas —observé—. En el peor momento uno despierta. El corazón a mil pero salvado.

—No crea, Díaz. Nadie sabe cuántos quedaron en algún recoveco de la eternidad. Acuértese, Mendiolaza, del polaco Czerebrinski.

—Czerebrinski, cómo no. Buen muchacho.

—Llegando a Otamendi vimos que ya no estaba en el pelotón. El finado Rufino, que la sabía lunga, a las dos horas habló. “Mucho rato ya. Difícil que vuelva. Algo malo le pasó o aquello le habrá gustado”.

—Sigo sin entender las causas.

—Aguarde, Díaz. Todo tiene su cómo y su porqué.  
Acercó su bicicleta y accionó la palanca de cambios.  
—Acá está la clave. Cierta desperfecto en el Shimano de dieciocho velocidades hace de cualquier bicicleta una máquina capaz de abrir fisuras en el espacio tiempo.  
—Jamás se me hubiese ocurrido.  
—Se lo firmo. Y unos consejos. El mecanismo debe mantenerse limpio y lubricado. Evite la relación de plato grande con piñón grande, lo mismo que la inversa de plato chico con piñón chico. Y algo fundamental: reemplace las piezas apenas observe deformación en los desviadores y desgaste excesivo en cadena y engranajes. Los cambios deben entrar suavemente. Escuche esto: una seda.  
Nos pusimos de pie para reanudar la marcha. Mendiolaza se rezagó para mear. Umpiérrez se me puso a la par.  
—Este Mendiolaza, un fabulador. Una vez contó del incendio de Chicago. Aquella historia de los que escolaseando en un pajar voltearon el farol de kerosene. Otra, de cuando estuvo en el incendio de Roma y vio a Nerón guitarreando.  
—Siempre incendios. Una especie de pirómano.  
—Un bombero. Que viene a ser lo mismo pero del revés.  
Nos alcanzó Mendiolaza. Traía una cara feliz.  
—¿Le damos hasta Zárate? —Propuso Umpiérrez—, ¿se animan?  
Era una linda mañana. Y allá fuimos. ▽



# MUJERES EN LA CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA

FELIPE HUERTA HERNÁNDEZ

## ENTREVISTA CON GABRIELA DAMIÁN

*Gabriela Damián Miravete es escritora de narrativa y ensayo, periodista de cine y literatura. Pertenece al Cúmulo de Tesla, colectivo que desea fortalecer las relaciones entre el arte, la ciencia y la ciencia ficción. Su trabajo ha sido incluido en antologías como Los viajeros. 25 años de ciencia ficción mexicana, Festín de muertos; El silencio de los cuerpos: relatos sobre feminicidios y Three Messages and a Warning (Small Beer Press, 2010, nominada al World Fantasy Award). Acaba de obtener el James Triptee Award Jr. 2018 con “Soñarán en el jardín” siendo la primera persona hispanoparlante en conseguir este importante premio.*

**FELIPE HUERTA:** Busqué información acerca de ti y encontré que te gusta salir a cazar libros raros concretamente a la calle de Donceles en la ciudad de México y también supe de tu gusto por autores aún más raros. ¿Podrías hablarnos un poco acerca de ello y recomendarnos algunos autores y libros de estas características?

**GABRIELA DAMIÁN:** Desde niña me han fascinado las librerías de viejo, quizá porque soy

fetichista, más que del papel, del cuidado que la gente ponía en la hechura de los libros en épocas anteriores a las editoriales transnacionales. Creo que para quienes amamos la literatura fantástica y la ciencia ficción las librerías de segunda mano son indispensables, pues es ahí donde se pueden conseguir, por ejemplo, las viejas ediciones de Minotauro con las que Francisco Porrúa refrescó el panorama de los lectores y lectoras hispanoamericanos. Para mucha gente son ediciones chafas de papel amarillento y portadas de cartón barato, pero si tomamos en cuenta que Porrúa usaba diferentes seudónimos para hacer la traducción, o la ilustración de la portada (generalmente abstracta y enigmática, con la idea de hacerla más elegante y “respetable” que los *pulps* originales), nos podemos dar cuenta de la labor de amor que eso implicaba. Es otra clase de cuidado editorial, menos *snob* pero quizá con una voluntad más entusiasta o inocente de compartir el asombro, el gusto por esa clase de lecturas. En los libros de segunda mano descubrí a Adela Fernández, a Emiliano González, Amparo Dávila, Pedro F. Miret, por hablar de gente mexicana rara (que ahora ya no lo son

tanto), pero conocí a muchísimas más a través de antologías de horror, fantásticas o de ciencia ficción que costaban entre 20 y 50 pesos. Por ejemplo, a Jean Ray, Marcel Schwob, o a Shirley Jackson, que son más bien clásicos, pero a los que entré, digamos, por la puerta trasera de los subgéneros. También me gustan los tomos sueltos de las enciclopedias o las colecciones temáticas. Por ejemplo, hallé un libro de volcanes con el que se me cae la baba por las fotos y un diccionario de las exploraciones de nuestro planeta que es muy revelador.

**FH:** El primer cuento tuyo que leí fue en 2015 y venía incluido en *Emergencias, cuentos mexicanos de jóvenes talentos*, antología de Alberto Chimal. La selección de cuentos me pareció muy buena y he de decir que tu cuento “Autorretrato” fue uno de los que más me gustó. También leí por allí que te defines como la nieta imaginaria de Úrsula K. Le Guin y que, para cuando esta revista se publique ya habrás participado en una conferencia acerca de esta autora en la UNAM. Además de Alberto Chimal y Úrsula K. Le Guin ¿qué otros autores nacionales y extranjeros consideras que han sido una influencia para tu escritura?

**GD:** Me da vergüenza que mi fantasía infantil de querer que Ursula K. Le Guin sea mi abuela literaria (fantasía que, para aligerar un poco la carga, comparto con otras autoras y amigas muy queridas) se vaya a leer como una percepción petulante, como si yo me considerara “su heredera” o algo así, y no. Ursula K. Le Guin fue una autora maravillosa y una persona que, por ser persona, no fue perfecta, claro, pero sí ejemplar, por lo menos para mí. Hace muchos años, desencantada por los modelos a

seguir que ofrecía la historia de la literatura —o genios machines o talentosísimas suicidas— me dediqué a buscar gente que escribía y que era feliz, estaba segura de que existían. Hallé a Ursula K. Le Guin, a Ray Bradbury y a Helen Oyeyemi. Pero Ursula es la más sabia, la más sonriente, de la que más lecciones he aprendido tanto para los libros como para la vida: el humor, la fiereza ante las injusticias, el amor a la naturaleza y la responsabilidad de poder nombrar. En conjunto, la obra de Ursula K. Le Guin es innovadora y profunda. En cada uno de sus libros hay una posibilidad distinta de estar en el mundo, de comprenderlo, su imaginación y su sentido crítico e inconforme son poderosísimos. Y hay mucha belleza en la prosa, en los personajes que creó.

Más gente favorita: Verónica Murguía, que me parece una de nuestras mejores autoras. Su búsqueda de lo sagrado y de lo humano a través de la ficción histórica fantástica que escribe, tan precisa, tan elegante, me deslumbra. Elena Garro, Juan Rulfo, John Crowley, Jorge Luis Borges, Wislawa Szymborska, Krzysztof Kieslowski, Agnès Varda y Werner Herzog. Es curioso, pero tengo un lugar especial en mi corazón para los documentalistas, quizá porque disfruto escribir ensayos. Me gusta que su influencia se filtre en la ficción que escribo.

**FH:** Por lo que he leído, el tema del tiempo forma una parte importante de tu obra. “Futura Nereida” es un relato bellamente bordado en el tiempo y “Soñarán en el jardín” es un relato en donde se habla en voz futura. ¿Qué representa para ti el tiempo?

**GD:** El tiempo es una de mis grandes obsesiones, como tema en la literatura y el cine,

como forma estilística y como una cuestión personal también (también me preocupa mucho qué hacer con él en mi vida cotidiana, me angustia mucho pensar que al final de mi vida sienta que lo malgasté, ay). Es decir, disfruto mucho observar su paso y contrastarlo con el presente (quizá por eso me encanta leer historia y ficción histórica), y siempre me han encantado las historias de viajes en el tiempo. Me gusta experimentar con él cuando escribo, incluso romper un poco las reglas gramaticales para ver cómo la forma afecta la historia, y desconcertar un poquito a quienes me leen, como es el caso de los dos cuentitos que mencionas. En “Futura Nereida” combiné pasado, presente y futuro para representar la posición de los personajes en el tiempo (Pascal Marsias está en el pasado, Nerissa en el futuro y ambos anhelan encontrarse en el presente). “Soñarán en el jardín” quise escribirlo en tiempo futuro como una especie de conjuro, como si el hecho de enunciar que no habrá más feminicidios en México pudiera provocar que así sea, por lo menos, en nuestras cabezas, mientras leemos. Recuerdo haber dicho, de esta manera, algunas frases del cuento así, en voz alta, mientras lo escribía. Creo que es fundamental que imaginemos otras maneras de vivir en el futuro para resolver nuestro presente, no sólo conformarnos con describir un futuro pesimista para crear conciencia y evitar que ocurra. Se puede hacer eso mismo desde la esperanza, y sin recrear la violencia una y otra vez, como si estuviéramos condenadas a ella. No lo estamos. No lo estaremos.

**FH:** Además de tu interés en la literatura infantil y juvenil y de formar parte de un grupo

de mujeres mexicanas que escriben ciencia ficción y están obteniendo resultados internacionales notables también estás interesada en la literatura con perspectiva de género. ¿Puedes platicarnos más acerca de ello?

**GD:** Para mí esos dos intereses están totalmente integrados. Me interesan mucho todas las formas de escritura que atiendan algo distinto a la experiencia adulta, masculina, occidental, patriarcal, cuya máxima expresión es La Gran Novela (americana, francesa, inglesa... mexicana).

La literatura infantil y juvenil es literatura para todas las personas, en realidad, está más al servicio de quienes la leen que cualquier otra literatura, y eso me parece muy bonito. Y me parece que dentro de ella hay obras que ponen bajo una óptica distinta los mandatos sociales a partir del género, precisamente porque hay más espacios para la imaginación y para la libertad creativa, y menos espacio para la violencia como algo intrínseco al ser humano. El contacto con la naturaleza, la relación con los animales, en fin.

Desde luego, en la literatura que está escrita para los adultos hay reflexiones magníficas en torno a todo esto, pero las que más disfruto son las obras de ciencia ficción feminista, que se aventuran a reconfigurar o abolir otros roles usando de pretexto sociedades de otros planetas o del futuro. Pero debo decir que también leo todo tipo de textos que reflexionen en torno a ello: testimonios, ensayos, teoría feminista. Las conversaciones con otras personas sobre este tema también son fuente de cuestionamientos hacia mi propia manera de ser y estar en el mundo, implican crecimiento para mí. ▸

- ¿Cómo se llama?
- ¿Cómo te llamas?
- ¿Por qué una sola? ¿Y si tuvieras una hermana?
- ¿Mareta(s)?
- ¿Cuál es la historia?
- ¿Cómo se llama la nave?
- ¿El personaje es de la Tierra, de ser de México?

→ guardianes  
 Ángeles y la  
 fundación de Puebla

1531  
 (17E 1521)

Una ángela que entra como  
 ayudante y escriba y recado.  
 Burocráticamente, se le  
 Aristote a las asambleas y se le  
 de todo; los ángeles quiere  
 rido y prisionero para que  
 con Puebla. ¿Heritas a las  
 ridades humanas? En su  
 interpretaron con los humanos.  
 - No son el sustituto y el paradi

## ENTREVISTA CON LIBIA BRENDA

Libia Brenda (Puebla, 1974) estudió Lengua y Literatura Hispánicas, es editora y escritora. Es cofundadora del colectivo Cúmulo de Tesla (@Cumulodetesla). Ha publicado cuentos de corte fantástico y de ciencia ficción en varias antologías, además de reseñas, artículos y ensayos. Actualmente está nominada al Premio Hugo en la categoría Best Related Work (trabajo afín o relativo a) por el sitio: *The Mexicanx Initiative Experience at Worldcon 76* (<https://www.mexicanx-initiative.com>) que incluye la antología bilingüe *Una realidad más amplia/A Larger Reality*. Su obra ha sido traducida al italiano en *L'altra Penelope* (Oedipus, 2008) y *Scrivere Donna* (Aracne 2011). En España, publicó el Especial Philip K. Dick (*Libro Andrómeda*, 2005). En México, *Así se acaba el mundo. Cuentos mexicanos apocalípticos* (Ediciones SM, 2012) y *Futuros por cruzar: cuentos de ciencia ficción de la frontera México-Estados Unidos* (UABC, 2014). Su Twitter es @tuitlibiesco

**FELIPE HUERTA:** Un cuento tuyo, “Una semana amarilla, un vestido confuso y una etiqueta de descuento”, trata de manera muy interesante el tiempo. También el cómic “Rizoma”, que se incluye en la antología *Una realidad más amplia* el tiempo tiene un papel fundamental. ¿Puedes decirnos qué representa para ti el tiempo?

**LIBIA BRENDA:** Creo que es una de mis obsesiones como narradora. Desde hace años tengo la idea recurrente de cómo sería la vida si pudiéramos ahorrar tiempo en chanchitos, como se supone que hacemos con las monedas, y (sospecho que un poco a raíz de Ende,

en *Momo*) si pudiera ser como una moneda de cambio o un bien tangible. Pero es una manera muy reduccionista de ponerlo, porque decir “tiempo” es una manera de asir algo que en realidad es casi arbitrario; ¿es el tiempo la cuarta dimensión?, para los humanos es lineal porque ese concepto nos facilita la vida, por eso usamos conceptos como ayer, mañana, un número determinado de horas o de siglos, el pasado, la prisa. Pero puede ser algo muy relativo, desde los dos famosos minutos del Johnny Cortázar hasta las metáforas cotidianas de que si la estamos pasando bien el tiempo “vuela” y si no, “se hace muy pesado”. Creo que, como idea abstracta, el tiempo es fascinante, y cada vez que lo observo (si es que eso es posible), y trato de entenderlo o de desmontarlo como concepto, se vuelve más complejo. Algún día voy a lograr escribir el texto que quiero sobre el tiempo y paradojas temporales, todavía no lo logro, pero he estado ensayando desde distintas aproximaciones.

**FH:** Te defines como “hacedora de libros” y sé de tu interés por libros extraños como por ejemplo el *Manuscrito Voynich*. ¿Qué lecturas de ese tipo nos recomendarías?

**LB:** Bueno, yo digo que hago libros, no se me había ocurrido que eso me autodefinía como “hacedora de”, suena casi demiúrgico. A ver, el *Manuscrito Voynich* (otra obsesión mía) sigue siendo ilegible e indescifrable, puedo decirte que mi sospecha es que es una *boutade*. No específicamente una broma (es demasiado trabajo), pero mi teoría, porque me encanta contar historias, es que lo hicieron para tomarle el pelo a la gente. Hay especulaciones y teorías de la conspiración a su alrededor, y

estudios históricos muy serios alrededor de ese manuscrito, pero yo no creo que sea un lenguaje cifrado, sino que es un no-lenguaje y en realidad no dice “nada”, al menos no en el sentido práctico o común y corriente. Creo que es una invención y que probablemente alguien lo andaba cargando para justificar curaciones, o ensalmos, o una magia acaso charlatana. Como sea, es fascinante. Pero me dejé llevar.

Ahora sí, contestando a tu pregunta, recomiendo otro libro cuyo texto no es para leerse, pero el libro sí: *El Codex Seraphinianus*, una belleza de Luigi Serafini, un arquitecto y diseñador italiano. Es una locura, la construcción de un mundo y sus criaturas, el texto es un no-texto, no se lee, son solo trazos que simulan un lenguaje, pero la lectura se hace en las imágenes (para mí, el *Ms. Voynich* debería leerse así, solo desde el punto de vista de las imágenes). Lo más interesante, aparte de las criaturas, las plantas y las máquinas que vemos en sus páginas, es que esos trazos que simulan escritura son parte del diseño y cumplen una función, aunque no sea la de descifrarlo como palabras. Lo venden aquí en México, si lo pueden conseguir, búsqüenlo, es un libro interminable.

**FH:** En “Rizoma” nos hablas de la categoría chimaliana de literatura de imaginación. ¿Te identificas con ella?

**LB:** Me parece que la propuesta de Alberto es muy adecuada para lo que hacemos en México, que casi siempre tiene muy poco que ver con la ciencia ficción o la fantasía de Estados Unidos, lo pongo así porque la gente lectora suele esperar que sea similar, esto es comprensible porque es el mercado más conocido y del

que más nos llegan productos. Pero en México hacemos otras cosas y me parece que eso que hacemos merece su propio nombre. Además, las etiquetas, cuando son muy estrictas, se vuelven cajones rígidos con una abertura muy estrecha, y entonces mucha gente no cabe en las antologías porque no escribe estrictamente bajo ciertos parámetros o con ciertas reglas, o no se habla de la obra de varias autoras porque no cumple con cierto canon, y ahí empieza a hacer agua el barco. No estoy en contra de las etiquetas *per se*, solo creo que hay que abordarlas de una manera menos dogmática. Y ahí es donde entra la aportación de Alberto, y definitivamente me encuentro a gusto en esa categorización: literatura de la imaginación, en vez de forzar la etiqueta de la ciencia ficción, o de la fantasía, o del boom, o del realismo mágico, o de la ficción especulativa. Como sucede con las mejores ideas, Alberto la lanzó al mundo, y creo que mucha gente, igual que yo, nos la apropiamos. Al menos para mí tiene mucho sentido. Ojo, eso no excluye que pueda también adjudicarme otros letreritos más reconocibles o suficientemente explicados, porque, en todo caso, no creo que mi narrativa esté dentro de un solo cajón; me gusta más pensar que lo que hacemos muchas de las personas que no escribimos dentro de la etiqueta oficial que suele categorizarse como “realismo”, tenemos un terreno muy amplio para estirarnos y no nos forzamos a meternos en una casilla limitante.

**FH:** Literatura de imaginación y una realidad más amplia. ¿Qué autores nacionales e internacionales sientes que han influido en tu literatura y por ende nos recomendarías?

**LB:** No sé si suscribir eso de las influencias, porque ponerme a pensar en “mi literatura” me hace sentir como cuando acercas un micrófono a la bocina y el sonido se vicia y chirría. No creo estar en esa posición, en mi caso concreto me parecería arrogante decir algo como que estas son mis influencias.

Ahora, sí sé que el trabajo de gente como Ursula y Alberto (Ursula K. Le Guin y Alberto Chimal, a quienes llamo por su nombre de pila, porque es una manera de convivir con quienes he leído mucho y durante muchos años) tiene una resonancia muy grande en mi vida, sus ideas, su estilo, su propuesta estética son importantes para mí, pero eso va más allá de lo que escribo, son importantes para mí como ser humano; como el trabajo de Angélica Gorodischer o de J. R. R. Tolkien, no pienso en su obra en función de una categoría literaria, sino en función de una categoría vital o recurro a su literatura porque su estilo, la forma que tienen de usar el lenguaje, me subyuga.

Otros nombres a los que acudí durante años o acudo ahora, son Blanca Martínez, Shakespeare, Julio Cortázar, Alice Munro, Neil Gaiman, Amparo Dávila, Verónica Murguía, Rosario Castellanos, Lucia Berlin, Italo Calvino, Susanna Clarke, Nora K. Jemisin, Bradbury... es interminable la lista. Y hace diez años era otra y dentro de diez años será otra.

**FH:** Eres cofundadora de el *Cúmulo de Tesla*, ¿puedes darnos información un poco más amplia acerca de las actividades que realiza esta agrupación?

**LB:** Somos un colectivo que se formó por afinidades electivas. Nos interesa el diálogo entre arte y ciencia, nuestro puente es la ciencia

ficción. Usualmente nos juntamos para discutir lo que nos apasiona, desde películas y libros hasta teorías e ideas (suena chistoso, pero es cierto, discutimos ideas), y nuestro trabajo hacia afuera es, sobre todo, armar conferencias desde al menos dos perspectivas: la científica y la artística. También hacemos talleres, hemos trabajado mucho con niñas y niños. Tenemos un proyecto muy chido que se conocerá pronto y que tendrá un formato tradicional, pero no es un proyecto tradicional. Y, como siempre estamos ayudándonos y preguntándonos cosas, este año estoy haciendo otra antología, distinta de *Una realidad más amplia* y el *Cúmulo de Tesla* está involucrado. Ese es otro proyecto que se publicará en unos meses.

**FH:** ¿Algo más que quieras agregar para nuestros lectores?

**LB:** Supongo que puedo decir lo de siempre: lean, lean mucho. Háganse un juicio propio y traten de leer lo que se publica fuera de la mesa de novedades. Lean cuento, lean mujeres, lean autoras y autores de México, busquen libros que se publiquen en otros países de Latinoamérica, lean a gente afrodescendiente o asiática, lean lo que dicen los que no son poderosos o los que cuentan historias mínimas y necesarias.

Hay muchos proyectos que no pertenecen a sellos internacionales y pesados, proyectos pequeños o con una propuesta poco comercial que valen mucho la pena, hay librerías de viejo o librerías pequeñas que no son tiendas enormes y muy modernas, ahí van a encontrar siempre algo interesante, mucho más interesante que el más reciente libro del más vendido novelista vacuo. ▸



# EL REGALO

ELIANA SOZA MARTÍNEZ

Cuando Andrés recibió como regalo anónimo aquel extraño libro, intuyó que algo en su vida nunca sería igual. Abrió el paquete cuidadosamente envuelto. La tapa era de cuero genuino. Sobre este material elegante y lustroso, repujado en letras doradas, se leía el título *Antología de cuentos fantásticos: Vidas ajenas*. La persona que se lo envió sabía de su inclinación por este género. Le pareció un ejemplar maravilloso. Además del título no había otra información, ni de editorial, ni del año, ni nada. Después de una hoja en blanco, venían los cuentos desnudos.

Al tenerlo sobre sus manos cayó en la tentación de acariciar su lomo y sentir el aroma de sus hojas. Claramente era un tomo antiguo porque tenía textura apergaminada en su interior. No quiso leerlo de inmediato. Quería que la primera vez fuese un exquisito rito, un momento ideal para su encuentro.

Pasaron unos días para encontrar ese espacio. Fue una tarde nublada al calor de su chimenea. Acomodado en su sillón favorito se dispuso a leer el primer cuento titulado "Viaje al fin del Mundo". Cuando estaba solo y podía disfrutar de sus lecturas lo hacía en voz alta. Al pronunciar la primera palabra del texto sintió un mareo y vio que una luz enceguedora salía de las páginas. Experimentó tanto frío que no podía respirar. Había cerrado los ojos para que aquel resplandor no le lastimara y cuando los abrió, se encontraba en el fin del mundo. Uno de los polos. No sabía si norte o sur. Estaba ataviado con ropa gruesa y abrigada e iba en un trineo tirado por huskies siberianos. Sintió miedo. No entendía lo que había pasado. Supuso que tenía que ver con el extraño libro.

Trató de parar como pudo a los perros que corrían a través de la nieve sin esfuerzo. Después de una lucha con ellos logró que fueran más lento. Llegó a un pueblo y descubrió pieles para la venta detrás del trineo. Intentó venderlas para conseguir comida, pero en una taberna, unos hombres lo persiguieron. Mientras huía, sintió en uno de los bolsillos de su abrigo algo duro. Pudo sacar el libro y al abrirlo pasó lo mismo que en su casa. Esta vez volvió a su escritorio. Cerró el libro y lo tiró en una mesa cercana.

No supo cuánto tiempo pasó, solo quería dormir. Se fue a su recámara a descansar. Eran esos momentos en los que se arrepentía de varias decisiones en su vida. Los negocios que le dejó su padre habían tenido una época de prosperidad pero como no era tan hábil como su progenitor estaba enfrentando una crisis. Cuando se sentía inútil se reprochaba nunca haber encontrado una mujer que lo amara y a quien amar.

La única persona realmente cercana era su ama de llaves, Corina, que se encargaba de la casa como podía, a veces incluso haciendo magia para conseguir la comida del mes. Ella era de su misma edad, aunque su madurez la hacía ver algo mayor. A él le pareció bonita desde que su padre la contrató cuando era muy joven. Por el tamaño de la casona en la que vivían ambos no se veían mucho, apenas para las comidas, e incluso ni eso, porque Andrés, acostumbrado a su soledad, comía en horas poco comunes por lo que Corina debía dejarla servida siempre y solo en ocasiones se topaba con su patrón.

Pasó una noche agitada en su cama. Tuvo pesadillas en las que se veía muriendo en medio de la nieve, quemado por el frío. No pudo dormir más. Hacía años que no admiraba un amanecer. Después de disfrutar el espectáculo y los cálidos rayos del sol por una hora sintió hambre y bajó a comer algo.

En la cocina se topó con su ama de llaves. La saludó y aprovechó para pedirle un café y algunas tostadas con mermelada. Ella le dio los buenos días y se dispuso a preparar el pedido. Mientras, él fue a buscar el periódico. Cuando lo encontró y vio la fecha,

enloqueció. Volvió a la cocina a preguntar a Corina. Podía ser un error del impreso. Ella le contestó lo mismo. Andrés corrió a la calle en pijamas a buscar otro diario. Todo en la ciudad estaba algo diferente. Encontró un nuevo quiosco cerca a su casa y pudo comprobar que habían pasado diez meses desde ayer que abrió el maldito libro.

También encontró un montón de cartas apiladas en su mesita, a la entrada de la puerta de calle. La mayoría eran avisos de desahucio del banco y de corte de luz y agua. Corina se acercó y apenada le dijo que ella había tratado de evitar que les quitaran los servicios pagando lo que pudo con sus ahorros y que ahora ya no tenía ni un solo centavo.

La vida de Andrés se desmoronaba. Pronto vendría la policía para desalojarlo de su casa y llevarse todo embargado por el banco. No le quedaba nada más que la fiel empleada a la que había arruinado también. Se sintió desesperado. ¿Cómo viviría en la calle? No tenía a quien recurrir y Corina tampoco. Se dio cuenta que eran muy parecidos, que habían vivido años juntos y que era su única familia. La vergüenza y la tristeza lo invadieron.

Como una luz, recordó al extraño libro esperándolo en su escritorio. Pidió a Corina que se arreglara para un viaje. — ¿A dónde iremos señor?— preguntó la mujer algo preocupada. Él le respondió que ya no importaba, que ninguno tenía a nadie allí y que a dónde fueran, lo importante era seguir juntos.

Cambiados y con maletas pequeñas se dirigieron al escritorio. Corina estaba todavía más confundida. Cuando Andrés le mostró el libro ella sintió un extraño escalofrío. La tomó del brazo y abrió una hoja. Sabía que estaba marcando así el destino de los dos. Pronunció la primera palabra del cuento en voz alta y ambos desaparecieron en medio de una luz brillante. ▽



# JUNTO AL PUENTE SOBRE EL TÁMESIS

MARCELO SÁNCHEZ

**E**sa tarde, mientras deambulaba a la vera del Támesis, vi a un joven que se disponía a sentarse en la punta de un banco. Sobre el borde de éste el joven apoyó una caña de pescar y un paraguas negro. Una vez sentado, parecía disfrutar de la quietud en torno a él, sumido en una soledad idílica y soñadora. El cielo estaba nublado, pero no llovía.

Me fui acercando a donde estaba el joven. Su rostro me resultó familiar, pero no logré reconocerlo. Procedí a sentarme en la punta opuesta del banco.

—Disculpe, ¿lo conozco de alguna parte? —le pregunté, casi sin pensar lo que hacía.

—No lo creo así.

Me sorprendió que, tratándose de alguien que tenía un buen pasar económico, su acento fuera popular. Más aún, a él no le incomodó el que también mi acento lo fuera. Mientras pensaba en estas cosas, y beneficiándome de haberle visto mejor el rostro — que había inclinado hacia mí al responder— caí en la cuenta de quién era.

—¿No es usted el famoso pintor J. M. W. Turner? —pregunté.

—Ese es mi nombre. ¿Pero usted cómo lo sabe?

Dudando sobre qué decirle, no revelé mi verdadera identidad, lo que condicionaría el desenvolvimiento de nuestro diálogo.

—Una vez, estando en la ciudad, un conocido me señaló que era usted quien en ese momento entraba al edificio de la Real Academia —dije.

Él mostró sorpresa, pero no dijo nada.

—Yo también pinto —continué.

—Ah, ¿y en qué estilo?

—En mis óleos, he venido trabajando en un tratamiento novedoso de la luz, donde ésta disuelve los contornos de las cosas, además de hacer que el cielo se funda con la superficie...

Me detuve al ver que él exteriorizaba una completa incredulidad respecto de mis ambiciones. Al menos, eso es lo que deduje de su expresión, así como del hecho de que, sin mayor disimulo, se hubiera puesto a examinarme pormenorizadamente. No alcancé a mencionar ninguna cuestión técnica, como la aplicación de empaste o el uso de la espátula para sugerir el centelleo del sol.

—A mí también me interesa la luz, pero eso de borrar los límites entre aire y agua... ¡Simplemente impensable! —dijo.

En el largo silencio que siguió pensé que, si le hubiera empezado hablando de acuarelas, quizás nos habríamos entendido. Asimismo recordé que él se especializaba en paisajes topográficos o historiados, que a su vez remitían a los Grandes Maestros holandeses y franceses. Intenté romper el hielo, diciéndole:

—En Claude, el sol irradia una luz tan especial.

—Sé que nunca podré pintar como él.

Quedó pensativo. Tuve entonces ganas de indagar sobre asuntos —digamos— personales. Sin mayor tacto, probé diciéndole:

—Alguna vez me dijeron que su padre lo sabía todo en materia de pelucas.

El joven no pudo ocultar su fastidio.

—Mi padre ahora me ayuda en la labor de pintar —contestó finalmente.

Pese a que él siguió hablando (o al menos eso hacía pensar el

que sucesivamente abriera y cerrara la boca), el ruido me hizo imposible entender nada de lo que él decía. Es que pasaba el tren en ese preciso momento sobre un puente cercano.

Cuando ya había cesado el ruido, volví a tomar la palabra, haciendo un gesto con la mano en dirección a la parte del río por donde acababa de pasar el tren:

—Disculpe, no entendí bien la mayor parte de lo que dijo. Por causa del tren...

—¿Cómo? ¿De qué tren habla? ¿Cree acaso que hay un tren que pasa sobre el lago de la Mansión Petworth?

Mientras terminaba su respuesta, ya se había puesto a recoger la caña de pescar y el paraguas. Y al acabar de hablar, se levantó del banco abruptamente, encaminándose a un bote que había junto al agua. Me lo quedé viendo, con indecible melancolía. Él no se despidió explícitamente de mí, ni se volvió para mirarme.

Tiempo después, creí entender lo que sucedió esa tarde. Yo soñé sentarme en un banco y hablar con el joven Turner. Soñé estar a la vera del Támesis, cerca del viaducto de Maidenhead, por encima del cual, desde hace unos pocos años, pasa el tren a Bristol. Quizás él vivió la escena durante su vigilia, en una de sus primeras estancias en la Mansión Petworth, treinta y pico años atrás, allá por 1809. Y no tuvo mayor dificultad en olvidar la experiencia, dado el carácter absurdo que, para él, revistió ésta. Y si algo soñó él, acaso haya sido la modesta barbería de nuestro padre, donde, en un rincón, de niños dibujábamos.

El sueño que tuve me ha seguido atormentando. Aún lo recuerdo con asombro y aflicción. Y fue pensando en ello que incluí un detalle en una reciente pintura mía. Es el detalle de alguien que viaja en un bote y lleva su paraguas negro abierto. A varios metros del bote, unas cuantas figuras danzan sobre el agua. Entretanto, por un puente sobre el río, en medio de la lluvia torrencial, se aproxima el tren a toda marcha. ▽



# EL COBERTIZO DE LAS HORAS

JORGE JESÚS BARRIGA

**C**arlos caminaba pensativo por los pasillos del hospital y chateaba con Ramiro, su editor. Hace un año que había logrado publicar su primera novela y empezaba a tener éxito. Para aprovechar este momento le solicitaron una nueva obra que tenía que entregar en dos meses. Carlos experimentó sentimientos encontrados: mientras su carrera como escritor no podía estar mejor, su hijo mayor estaba internado en el hospital.

El tratamiento que necesitaba era muy caro, más ahora que Carlos se encontraba desempleado. Deseaba permanecer así para dedicarse a escribir. Fue posible los últimos seis meses gracias a una herencia que su esposa recibió, aunque empezaba a terminarse y las cuentas los estrangulaban. En contra de su deseo tuvo que aceptar un empleo que le consiguió su suegro, en la fábrica de cemento, como asistente de almacenes.

Ahora con un horario que cumplir, escribir su novela era más difícil. Estaba muy estresado y empezaba a deprimirse. Seguro que no alcanzaría a cumplir el plazo para entregar su manuscrito. Por otro lado las cuentas ya no eran un problema y su hijo mejoraba.

Un lunes se le acercó Daniel. Con una sonrisa lo abrazó. Carlos tardó en reconocerlo. Era un viejo compañero de colegio que no le agradaba por inmaduro y egoísta. No tardó en comprobar que no había cambiado nada y no podía explicarse por qué creía que eran amigos y no lo dejaba en paz.

Ese mismo día le mandaron a buscar unos repuestos al viejo cobertizo de madera, último resquicio de las primeras

instalaciones de la fábrica. Le tomó casi tres horas encontrarlos. Lo consiguió a pesar de su inexperiencia y lo desordenado del lugar. Se apresuró a salir porque temía que el bus lo dejara.

Raúl, el viejo encargado de almacenes, se sorprendió de la rapidez con la que trajo los repuestos. Carlos no comprendió, tomó su morral y salió corriendo. Cuando quiso sellar la salida, el guardia lo miró raro porque todavía eran las tres de la tarde. Carlos regresó muy confundido a su oficina y Raúl se burló de él. ¿Cómo era posible que hubiera tardado tanto en encontrar esos repuestos, pero para el resto de la oficina y del mundo solo pasaran algunos minutos?

No sabía por qué pero las leyes físicas del tiempo no eran las mismas dentro de ese viejo cobertizo. Decidió aprovecharlas. Su oficina estaba lista con una vieja computadora de escritorio y algunos accesorios. Cada día se escabullía hasta allá y escribía durante dos o tres horas. No sabía exactamente cuánto tiempo porque su reloj y el de la computadora no funcionaban: se atrasaban y adelantaban sin sentido.

La novela avanzaba viento en popa. Sin embargo cuando decidió mandarse un correo a sí mismo para tener una copia de seguridad, no pudo encontrarlo en su casa. No solo las horas sino las fechas estaban trastocadas dentro de ese misterioso lugar. Esto a veces le preocupaba pero intentaba no pensar en ello.

Aunque Daniel trabajaba en otro departamento siempre lo buscaba a la hora del almuerzo o en el bus para repetirle sus historias y nunca escuchaba lo que Carlos quería decirle, que no era mucho, porque realmente no quería cruzar palabras con él.

Lo peor sucedió una tarde en la que Carlos escribía feliz y escuchó a Daniel detrás, riéndose por haber descubierto su escondite. Carlos se enojó mucho aunque sabía que con eso no sacaría nada de Daniel, solo le pidió discreción y el intruso se comprometió a no mencionarlo.

Debido a la naturaleza de su trabajo, Daniel no podía visitar el cobertizo tan seguido como Carlos. Los días que lo hizo, jugaba

videojuegos en la computadora y tomaba cerveza. Quizás por eso no se daba cuenta que el tiempo se detenía en ese lugar. Una tarde encontró a Daniel leyendo su libro. Cuando lo vio, sonrió y le dijo: “Deberías publicarlo”, y lo abrazó.

Esa noche, en su casa, Carlos buscaba el archivo de la última versión de la novela que esa misma tarde se envió, pero el correo era un desastre de fechas, horas y copias con distintos grados de avance. Encontró allí un mensaje de Daniel en el que le pedía ayuda porque estaba atrapado y no podía salir. Pensó que era un hombre emocionalmente inestable. Después de todo, no tenía familia y tampoco un futuro. Tal vez no era tan mala idea ser su amigo. Cansado, desistió de buscar el archivo y se fue a dormir.

Hoy traía un *flash* para poder copiar su novela y llevarla a la editorial. Al entrar en la fábrica advirtió un movimiento inusitado y al preguntar le dijeron que demolían la zona del cobertizo. Corrió pero ya no le dejaron pasar porque las palas estaban tumbando todo. Dentro del lugar solo quedaba basura.

Se contuvo y corrió a buscar a Daniel para preguntarle por su computadora pero no lo encontró. Su celular estaba apagado. Se imaginó lo peor. Se escabulló para llegar al depósito, que ahora era un montón de escombros, y gritó buscando a Daniel. Los trabajadores lo calmaron. Aunque no habían revisado el depósito antes de tirarlo abajo, le aseguraron que no habían visto ni escuchado a nadie.

Al final del día, la zona quedó limpia de escombros y basura acumulada, y no había noticia de haberse hallado ningún cadáver. Tampoco había noticias de Daniel. Recordó el último correo que recibió de él y pensó que no hablaba en sentido figurado, sino que literalmente estaba atrapado dentro del depósito pero al mismo tiempo, se encontraba en otro lugar.

Volvía de la editorial donde le habían dado un plazo de otros dos meses para escribir su novela perdida accidentalmente, cuando se detuvo en un puesto callejero de libros y buscando entre ellos no pudo creer lo que encontró: un libro con el mismo título de su novela perdida, escrito por Daniel Vargas, publicado en 1982. ▸



# LA PIEL

JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS

**E**n la Puerta del Sol, ante la Real Casa de Correos, la muchedumbre aplaudía gozosa los últimos estertores de un año que se desangraba segundo a segundo, apuñado por las agujas del gran reloj.

Extraviado su amigo Lucas, «¡Ya aparecerá...!», entre las olas de la multitud, Carlos intentaba beber a morro sin malograr dientes ni uvas. A su alrededor, los villancicos se confundían con las voces y las risas, con los cohetes y las panderetas, con los *selfis* y los besos...

En la torre: XI: LIX.

Un repentino vaivén lo empujó hacia atrás golpeando su cabeza contra alguien, supuso. Se volvió temiendo haber causado algún daño: junto a él, un desconocido se sujetaba la mandíbula con expresión furiosa:

—¿Eres imbécil?!

—Lo siento... Yo no...

—¡Tú, sí!

—Perdona... Ha sido...

Y antes de que pudiera terminar la frase, un súbito puñetazo en pleno rostro hizo que la ruidosa noche explotara, «¡Tump!», en una silente oscuridad.

Se descubrió tumbado, quejumbroso de repente, «¡Mi nariz...!», y embutido entre un bosque de piernas inmóviles. Arriba, encendido por las luces, el silencio.

«¡¿Qué pasa?! ¿Por qué todos...?».

Se alzó.

Y...

El energúmeno con el puño aún frente a él.  
...recordó.  
Y...  
La Nochevieja en el kilómetro cero de Madrid se había detenido.  
...comprendió, no obstante, sin entender nada.  
En la torre: XII.  
En las muñecas más próximas: 00:00.  
«¡El mundo, como también los relojes... se ha quedado sin cuerda! ¡¿Por qué?! ¡¿Y por qué yo no...?! Espera... ¿Esto no será...? ¿Cómo se llama la broma esa de imitar a las estatuas? *Manne... ¡Mannequin Challenge!*».  
Reparó en la furia contenida del violento.  
«No, claro que no... Esto no es ninguna broma...», se dijo acariciándose la nariz, aún doloroso latido. Y entonces sintió la humana tentación, «¡Bestia!», de la venganza:  
—¡Ahora mismo sería capaz de... de...! ¡Y no podrías hacer nada para impedirlo! ¡Nada!  
«Nada...», se repitió girando sobre sí mismo, cayendo en la cuenta: «Podría quedarme con cualquier cosa. Podría hacer lo que quisiera con quien quisiera...».  
Temió el alcance del cálculo.  
Y así, perdido y asustado, descubrió en las alturas, sobre el enorme cono de la Lotería, minimalista árbol navideño, sendos globos infantiles: próximos entre sí, y de manera incongruente, ambos contradecían al helio que los llenaba flotando inmóviles en el espacio.  
«Como en una pesadilla ¡No! ¡Peor, mucho peor, porque estoy despierto! Para mi desgracia, estoy tan lúcido como sobrio. Porque esa es otra: ¡los pocos tragos que llevo no justifican, ni de coña, esta locura!».  
De súbito, un parpadeo en la torre llamó su atención: la esfera translúcida del reloj titilaba como una mera bombilla a punto de expirar.

«¡Está ahí dentro! ¡Cómo en aquella película de Adam Sandler, quien sea, o lo que sea que haya pulsado el PAUSE... está ahí dentro!».

Buscó abajo y enfrente, tras las vallas y el cordón policial también rígido que contenían a las estatuas, la puerta de la Real Casa de Correos.

Se abrió paso como pudo intentando no derribar nada: «Una caída, una sola, y los convierto a todos en el peor dominó de la historia», se dijo.

Poco a poco, «No es precisamente... fácil...», fue progresando hasta la cabeza del gentío. «Un último paso y...», se tranquilizó sintiendo ya el metal del cierre amarillo.

Y fue ese exceso de confianza lo que a punto estuvo de desencadenar la multitudinaria reacción en cadena: un leve respingo suyo, apenas roce, y una chica, a su izquierda, se tambaleó como un bolo a punto de caer.

Aterrado, «¡Quieta...!», logró estabilizarla.

Poco después, eludida ya la asfixiante muchedumbre, resopló de puro alivio.

«¿Y cómo entro? En buena lógica...», sospechó reparando en el policía detenido ante el portón de la Real Casa. «¡Ok, agente!», confirmó rápido: en el cinto, un manojo de llaves.

«¡Cómo resucite ahora, voy a tener un serio problema!»

No fue, «¡Menos mal!» el caso.

Descartó errores, «¡Tenía que ser la última!», y entró en el edificio. En el vestíbulo, sobre su cabeza, el hueco sobre el que pendía la maquinaria del reloj, el hueco por el que parpadeaba una intensa luz.

Ascendió los peldaños, curioso y aprensivo, hasta la última plataforma de la torre. Y allí, mordido entre las cremalleras circulares del artilugio, yacía, exánime... un jirón de... «¡Piel...?!», brillante pan de oro, una fina lámina de oro batido sobre cuya superficie, grande y oblonga como una tajada, huía una eterna proyección de imágenes: personas, espacios, texturas, animales, planetas...

«¡¿Un desgarró... cronológico?! ¿Algo así como un pellizco de la curva espacio-temporal en el reloj de la Puerta del Sol, uno de sus

medidores? ¿Eso es posible? Lástima que Einstein no esté aquí para preguntárselo. Aunque, si estuviera... ¡Sería otra figurita del espantoso Belén!».

Buscó a su alrededor, «Si sangrara...», la supuesta herida temporal.

Tocó el fino pellejo: «¡Ay! Está caliente... ¡El tiempo quema! ¡¿Y ahora...?! ¿Debo suturarlo en su orden, en su milésima desollada, para que la vida siga fluyendo?».

Estudió el mecanismo de relojería. «¡En algún sitio debe tener...!». Reparó en un fuste sobresaliente en el lateral más próximo, en la ondulación de una empuñadura.

Se encogió de hombros, «¿Qué puede pasar? ¡O funciona o no funciona!», y...

El conjunto traqueteó durante unos segundos liberando, de repente, el estorbo que lo detenía. Así, la piel y su eterna cadena gráfica de espacio-tiempos cayeron disolviéndose, aún en el aire, con un suspiro de humo.

—¡No!

Carlos corrió, «¡Ay, ay, ay...!», escaleras abajo.

Con la incertidumbre en la garganta, y ya en el vestíbulo, salió: los miles de personas allí reunidos, algarabía tiesa, para celebrar la llegada del nuevo año... «¡¿Dónde están?!».

Borrados casi todos, alguien yacía al pie de la fuente.

«¡¿Lucas...?!», dudó.

Fue, corrió, hacia él.

—¡Lucas!

Lo zarandó, «¡Despierta! ¡Despierta!», consiguiendo reanimarlo:

—¡¿Estás bien?!

—Sí, sí... Solo... solo echaba un sueño: empalmar la fiesta de Nochebuena con la de Nochevieja es mucha fiesta incluso para mí... ¿Dieron ya las campanadas? ¿Y... y la gente? ¡¿Dónde está todo el mundo?!

—¡No lo sé, tío! Es cosa del tiempo...

—¿El tiempo? ¿Va a llover?—



## AUTORES

**Jorge Jesús Barriga** (Potosí, Bolivia, 1979). Escritor y guionista. Ha publicado sus textos en las antologías *Cómo se escribe un guión* y *Macabro Festín*. Publica en la revista electrónica *Historias Pulp*.

**Alberto Chimal** (Toluca, México, 1970). Narrador y ensayista. Es autor de las novelas *Los esclavos* (2009), *La torre y el jardín* (2012) y *Cartas para Lluvia* (2017), así como de los libros de cuentos *Éstos son los días* (2004), *Grey* (2006), *La ciudad imaginada* (2009), *El Viajero del Tiempo* (2011), *Los atacantes* (2015) y *Manos de lumbre* (2018), entre otros. En colaboración con Raquel Castro, mantiene un canal de videos de divulgación en *YouTube: AlbertoyRaquelMX*.

**José Luis Díaz Marcos** (Alicante, España, 1972). Ha publicado relatos en diversas antologías y webs españolas y extranjeras. Es autor de las novelas *Botij-Oh!* y *Paraísos de magia y fuego*. Ha publicado en revistas como *Monolito*, *Narrativas*, *NGC3660*, *El Club de la Fábula* y *El Ojo de Uk*, así como en la antología *La luz me hace daño*, de la editorial Donbuk.

**Sergio Gaut vel Hartman** (Buenos Aires, 1947). Escritor, editor y antólogo. Desde 1970 ha dirigido, editado y publicado en fanzines y revistas de España e Hispanoamérica como *Nueva Dimensión*, *Kandama*, *Tránsito*, *Máser*, *El Péndulo*, *Parsec*, *Minotauro*, *Axxón* y *Sinergia*. Ha compilado una veintena de antologías. Sus cuentos han sido traducidos a once idiomas. Ha publicado los libros *Cuerpos descartables* (1985), *Espejos en fuga* (2009), *Vuelos* (2011), *Avatares de un escarabajo pelotero* (2017), *Otro camino* (2017), *La quinta fase de la Luna* (2018) y *El juego del tiempo* (2018).

**Juan Pablo Goñi Capurro**. Autor argentino. Ha realizado más de quinientas publicaciones en antologías

y revistas de Hispanoamérica. Su libro *Mercancía sin retorno* obtuvo el Premio de Novela Corta La Verónica Cartonera de España en 2015.

**Felipe Huerta Hernández** (Zacatlán, Puebla). Sus textos han sido publicados en la antología *Historias de Las Historias* (Ediciones del Ermitaño, 2011).

**Miguel Ángel Lara Reyes** (Toluca, México 1984). Es colaborador permanente de la revista *Página Salmón* y de la Fundación Cultural Camino Rojo, A.C. Sus trabajos han sido publicados en revistas digitales como *Qaplann* y en la antología de ciencia ficción, cuento fantástico y terror *Años luz* (Activarte, 2018). Es conductor del programa de radio #VeBebiendo.

**Jesús Guerra Medina**. Ha publicado sus relatos en las revistas literarias *La Sirena Varada*, *Ibidem*, *Letras y Demonios*, *Luna* y *Líneas de Cambio*, así como en la *Antología Física de Ciencia Ficción Latinoamericana* (editorial Solaris).

**Patricia K. Olivera** (Montevideo, Uruguay, 1970). Colabora en varias revistas literarias virtuales como *mi-Natura*, *NM*, *Axxón*, *Círculo de Lovecraft* e *Historias Pulp*. También ha participado en algunas antologías extranjeras. Algunos de sus cuentos han sido traducidos al francés, portugués y alemán. Gestiona el blog de ciencia ficción: [pkolive-ra.blogspot.com](http://pkolive-ra.blogspot.com)

**Víctor Andrés Parra Avellaneda** (Tepic, Nayarit, 1998). Ha publicado en revistas literarias digitales de Hispanoamérica y Francia. Actualmente es becario del PECDA Nayarit en la categoría Jóvenes Creadores.

**Marcelo Sánchez**. Escribe relatos cortos y poemas, por los que ha recibido un número de premios literarios. Cuenta con varias publicaciones. Es argentino, y ha vivido también en Estados Unidos y Alemania.

**Eliana Soza Martínez** (Potosí, Bolivia). Ha participado en diversas compilaciones como *Antología iberoamericana de microcuento*, *Armario de letras*, *Sombras en la obscuridad* y *Macabro festín*. Es autora del libro de cuentos *Seres sin sombra* (2018).

**Ernesto Tancovich**. (Buenos Aires, 1945). Publica asiduamente en revistas de Argentina, México, Colombia, España y Estados Unidos. Su página de Facebook es @letrasdetancovich

# CONVOCATORIA ECOTERROR 2019

La revista *Espejo Humeante*

## INVITA

a participar en su cuarto número mediante las siguientes:

## BASES

1. Podrán participar autores iberoamericanos, presentando un trabajo original de ciencia ficción cuyo tema sea el ECOTERROR (Desastres medioambientales).

2. Los participantes podrán enviar:

a) Un único cuento con el tema ECOTERROR, escrito en español, en un archivo de Word con las siguientes características: hoja tamaño carta, letra Times New Roman a 12 puntos, interlineado a 1.5, entre 750 y 1000 palabras, firmado con nombre o seudónimo.

b) Ilustraciones (fotografía/obra plástica) alusivas al ECOTERROR, de su propia autoría, en alta resolución (300 dpi) y tamaño grande (entre los 1000 y 3000 píxeles por lado). En formatos .jpg o .png.

3. Los cuentos y/o ilustraciones se enviarán al correo electrónico

[espejohumeanterevista@gmail.com](mailto:espejohumeanterevista@gmail.com)

con el asunto: "convocatoria ecoterror". El autor deberá incluir una breve semblanza curricular no mayor a 50 palabras. Los trabajos se recibirán hasta el 12 de julio de 2019.

4. El jurado estará compuesto por los miembros del consejo de redacción de la revista *Espejo Humeante*, quienes seleccionarán un máximo de 11 textos que aparecerán en el número, considerando formato solicitado, ortografía, redacción, cohe-

rencia, originalidad, desarrollo y verosimilitud de las propuestas. El consejo de redacción no estará obligado a dar razón del rechazo de ningún texto y su fallo será inapelable.

5. Los textos seleccionados serán dados a conocer en las redes sociales de la revista el día 16 de agosto 2019. Los autores seleccionados aceptan que el material de su autoría sea evaluado y sometido a las correcciones pertinentes de estilo, forma y fondo, en caso de que el comité editorial lo considere necesario, con la finalidad de garantizar la unidad de estilo y de contenidos de la publicación. No participar en las revisiones será motivo de descalificación.

6. Los textos aparecerán en el cuarto número de *Espejo Humeante*, proyectado para octubre de 2019.

7. Sobre derechos de autor. Los autores e ilustradores publicados conservan todos los derechos sobre sus obras y pueden reproducirlas en otras publicaciones. Asimismo, son responsables de las opiniones que expresen. La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual o industrial correspondientes a los contenidos aportados por quienes envíen material para su publicación, recae exclusivamente en quienes los envían y de ninguna manera sobre la revista o el consejo de redacción.

8. El consejo de redacción está facultado para descalificar cualquier trabajo que no cumpla con los requisitos de esta convocatoria y para resolver cualquier caso no previsto en la misma.

9. La participación en esta convocatoria implica la aceptación de todas las bases.

Contacto:

[espejohumeanterevista@gmail.com](mailto:espejohumeanterevista@gmail.com)  
Facebook y Twitter @EspejoHumeanteR



# ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 2. NÚMERO 3, JUNIO, 2019.

